LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.	40 id.	20 id.	11 id.
Portugal.	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVII.—NÚM. XIV.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid, 8 de Abril de 1873.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico. . .	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.	15 id.	8 id.

En las demas Américas fijan el precio los Sres. Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por D. Peregrin García Cadena.—Nuestros grabados, por D. Eusebio Martinez de Velasco.—*Mujeres del Evangelio*, cantos religiosos por Larmig, por don Gaspar Nuñez de Arce.—Primeros tiempos de la poesía escandinava (conclusion), por D. Joaquin Sanchez de Toca y Calvo.—Costumbres del siglo XVII: Entre bobos anda el juego (conclusion), por D. Julio Monreal.—*La Creacion*, oratorio de Haynd, por D. H. de C.—El coronel Sr. Ibarreta, por D. Hermógenes García Samaniego.—A Mendez Nuñez, oda, por D. Rafael Serrano Alcázar.—Libros nuevos, por don Emilio Huelin.—Anuncios.

GRABADOS.—Retratos de los hijos del Duque de Madrid (Cárlos VII), D.ª Blanca, D.ª Elvira y D. Jaime, fotografía del Sr. Laurent, por el Sr. Paris.—Retrato del coronel de Estado Mayor, D. Manuel Ibarreta, muerto gloriosamente en el combate de Monreal, por los Sres. Perea y Paris.—Barcelona: Organizacion y armamento de cuerpos francos, por los Sres. Pellicer y Rico.—Palestina: Vista del Monte Olivete y valle de Jossaphat, de fotografía, por X.—Alegoría de la primavera, composicion y dibujo del Sr. Riudavets, grabado del Sr. Capuz.—Roma: Su Santidad Pio IX oyendo misa en la capilla Sixtina, por X.—Madrid: Bendicion de las palmas en la iglesia parroquial de San Luis, por los Sres. A. Ferrany Capuz.—Inglaterra: Monumento en la catedral de Glocester, de fotografía, por X.—Palestina: Nuevo hospital para peregrinos pobres en el camino de Jerusalen á Belen, fundado por el Conde de Caboya Cerva, por los Sres. Avendaño y Paris.—Palestina: El rio Jordan, cróquis del Sr. Conde de Casa-Sarriá, por el Sr. Manchon.—Ajedrez.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

Política interior.—El período electoral.—Propósitos de acuerdo entre los partidos conservadores.—Llamamiento á las clases independientes.—El remedio heróico.—Situacion del país.—Rápida ojeada á la política extranjera.—Sesiones borrascosas en la Asamblea francesa.—La cuestion del clero católico en Alemania.—Acuerdo del Parlamento de Berlin sobre el registro civil.—Nuevas exigencias del partido liberal.—Muerte de un gran historiador.—Crónica dramática.—El poeta Márcos Zapata y *El castillo de Simáncas*.

Estamos en pleno período electoral. A las emociones del Parlamento van á suceder las emociones de los comicios; á las luchas sostenidas por la naciente república para conquistar su independencia, la lucha de los partidos que se aprestan á llevar sus aspiraciones á las próximas Constituyentes. La cuestion electoral es la que preocupa los ánimos en las regiones de la política batalladora; á ella es á la que se atribuye en estos momentos virtud de redencion; á ella se acogen hoy los partidos conservadores como el remedio heróico de los males que afligen á la patria; ella es la que en la angustia de los momentos actuales inspira á los periódicos monárquico-liberales de todos los matices la idea há mucho tiempo aconsejada por la prudencia, de sa-

D. Jaime. D.ª Elvira. D.ª Blanca.
Los hijos del Duque de Madrid (Cárlos VII).

cudir la indolencia de las clases conservadoras, y ella es, en fin, la fuente y manantial de todas las emociones que nos prepara el enmarañado porvenir político de este país por antonomasia desventurado y excepcional.

Y decimos que la cuestion electoral es la fuente de todas las emociones políticas que se ofrecen en perspectiva, porque tenemos en cuenta que los trances amargos por que hace pasar á esta trabajada nacion la profunda anarquía social en que nos hallamos sumergidos, parecen haber llegado ya á aquel grado máximo en que lo excesivo y lo permanente del peligro llega á curar de espanto los ánimos.

Tienen razon, sin embargo, los que ven en el resultado de la próxima lucha electoral el medio único y perentorio de que España no acabe de sumirse en el abismo de la anarquía; pero este medio de salvacion solo puede encontrarse en un acuerdo de todos los partidos liberales con los elementos sensatos del partido republicano que hoy empuñan con mano desfallecida y débil las riendas del gobierno, y este acuerdo supone un movimiento de patriotismo grande y por el momento incondicional. Es evidente para todo espíritu pensador que el federalismo está hiriendo de muerte á la república; que la situacion de España camina rápidamente á la vergüenza de una intervencion extranjera, y que es tiempo de buscar la fórmula de circunstancias que haya de contener el estrago de los males presentes y las irremediables agravaciones del porvenir.

Pues bien, este remedio heróico no puede esperarse sino del patriotismo y de la abnegacion de todos. Decídase el gobierno del Sr. Figueras á buscar en los partidos conservadores y en las clases sensatas de la nacion un apoyo bastante eficaz para garantir, sin pensar en novedades más peligrosas, el experimento republicano; decídanse los partidos liberales á sostener el órden de cosas existente hasta que el país, en condiciones más favorables, restablecido el imperio de la ley, salvados de un completo naufragio sus intereses permanentes, pueda manifestar su voluntad acerca del régimen de gobierno más conforme al sentimiento nacional, y que en estos momentos, y miéntras las diversas aspiraciones de los partidos políticos no vengan á un acuerdo, no es posible determinar, y éste será á juicio de los hombres imparciales el único medio de prevenir las tempestades que nos amenazan y de conjurar los males que nos afligen.

Si por desgracia el peligro comun no es causa bastante para producir un acuerdo unánime y patriótico, uniendo á los partidos liberales bajo una bandera de salvacion, encaminados vemos los sucesos á no detenerse en la pendiente desastrosa por donde á pocos pasos más de gigante que den el desórden y la anarquía, no tardará en hacerse imposible todo remedio, y estéril todo propósito de reparacion.

Tan hondo es ya el mal y tan rápidamente se desenvuelven en los momentos que atravesamos los gérmenes de la más pavorosa perturbacion, que el ánimo no sabe ya adónde acudir con preferencia para deplorar las escenas por diversos conceptos lamentables de que son teatro nuestras provincias. Son tales y de tal gravedad, que no se puede parar en ellas la consideracion sin formar los augurios más tristes, y sin pensar cuán rápido y cuán eficaz ha de ser el remedio que venga á atajar tamaños síntomas de disolucion y ruina.

Creemos que nuestros habituales lectores nos dispensarán de buen grado la desagradable tarea de referirles la historia anárquica de la semana; es la misma historia lastimosa de la semana anterior, y será la historia de todos los dias, si el movimiento—no sabemos hasta qué punto saludable y duradero—que parece producirse en el campo de la opinion, no se traduce pronto en hechos salvadores para esta sociedad desquiciada.

***

Miéntras la situacion se agrava en España, y las sesiones borrascosas menudean en la Asamblea francesa, amargando las recientes victorias de Mr. Thiers, la marea sube en Alemania con motivo de la grave cuestion que viene agitando los ánimos en aquel país. El gobierno de Berlin, para desembarazarse de las complicaciones que le suscita el conflicto con el clero católico, ha declarado urgente en el Parlamento su constitucion civil. El Parlamento ha votado una proposicion en que se priva á los curas de la intervencion en el registro civil, y el Emperador ha hecho saber que aprueba esta reforma. Pero en pos de esta concesion el partido liberal aspira á que el matrimonio civil se declare obligatorio, y no tardará en presentarse una proposicion relativa á este asunto.

Los reflexivos alemanes debian advertir, sin embargo, adónde conducen en estos dias de fiebre reformista las novedades peligrosas, y cuán ocasionados son los tiempos á empujar las cosas más allá de los límites en que los hombres quisieran detenerlas.

***

Los diarios de París nos anuncian la muerte de un gran historiador, Amadeo Thirry, el autor de la *Historia de las Galias* y de tantos otros libros de un mérito superior, ha fallecido lamentando las desgracias de la Francia, cuyas últimas catástrofes han contribuido quizá á precipitar su muerte. Refieren los periódicos que en sus últimos momentos las palabras «Francia, Alsacia, Lorena, han asesinado al Emperador», salian incesantemente de sus labios, y que en el acceso de delirio que precedió á su muerte, creia estar corrigiendo las pruebas de su último artículo sobre la literatura de los Galos, publicado en la *Revue des deux Mondes*.

La Francia ha sufrido una pérdida irreparable con la muerte de este hombre eminente, cuyos grandes trabajos históricos serán para su país un duradero timbre de gloria.

***

Un notable suceso teatral nos obliga en este punto á reanudar nuestra crónica interior.

Dos años há, cuando el novísimo autor dramático Márcos Zapata desplegaba las primicias de su ingenio en el estrecho recinto de un modesto coliseo y en los reducidos límites del cuadro trágico *La Capilla de Lanuza*, no fuimos nosotros de los últimos en saludar á este poeta como una brillantísima esperanza de la dramática española. Nos parecia entónces que aquel númen que por vez primera tendia las alas con aliento tan vigoroso; que aquella potencia trágica que desde su primer alarde encontraba el secreto de sacudir profundamente las fibras del corazon humano, estaba reservada á desenvolverse en superiores y poco frecuentadas alturas; nos parecia que aquella primera expansion de sus facultades creadoras irradiaba mucho más allá de los límites en que habia querido detenerse.

No nos equivocamos en esto, ni el público, impresionado en aquella ocasion con las bellezas de la obra, pudo equivocarse tampoco; cuando una sociedad vive más sumergida en el silencio del sentimiento, es cuando más fuertemente resuenan los raros é intermitentes latidos de su corazon; y la poesía del Sr. Zapata, como la de los pocos ingenios que sacuden alguna fibra sensible en este pueblo de España tan abismado en las pequeñas miserias de la vida política y social, era la voz robusta que se deja oir en el fondo de una gran atonía; tenía virtud de galvanizar. Por desgracia no se despierta fácilmente á una sociedad sumida en el sopor del falso orgullo y del egoismo.

Sea de esto lo que quiera, y por lo que importa á la mision de la crítica, interesada en hacer valer todos los movimientos vitales del mundo moral, relacionados con los altos fines del arte, es el hecho que el autor de *El Castillo de Simancas* no ha desvanecido las esperanzas que hizo concebir el autor de *La Capilla de Lanuza*.

El Castillo de Simancas, la segunda obra de este escritor dramático, es una bellísima amplificacion de *La Capilla de Lanuza*; la composicion responde á una idea análoga; la inspiracion poética va encaminada por el mismo sendero. El autor aspira á levantar el sentimiento de la patria, el sentimiento de la libertad, el nivel político de un pueblo entregado á todas las miserias de una lucha sin grandeza. El Sr. Zapata busca en este sentido un ideal moral que ofrecer, si no á la imitacion, á lo ménos á la conciencia de los muchos que, despojados de altas virtudes, asocian en nuestros dias su soberbia, su nulidad ó su egoismo á los altos destinos de la patria.

Dominado por este pensamiento generador de casi todas las grandes bellezas sembradas en la composicion, el poeta se cura más de mover los afectos que las figuras, y el drama se desenvuelve lentamente al rededor de un personaje eminentemente trágico.

Una situacion única, una pasion dominante, una sola fuente de irresistible simpatía, cautivan en *El Castillo de Simancas* el ánimo del espectador; á saber: el lento y prolongado martirio de un leal calumniado por los buenos; de un caballero que no puede soportar el peso de una vida arrancada á las aras de la patria con apariencias de felonía. Este solo afecto, cuyos mas íntimos resortes hiere admirablemente el poeta, y cuyos trágicos movimientos determina por medio de incidentes tan oportunos como la presencia acusadora de doña María de Mendoza, llena completamente el drama. Cuando la voz siempre patética y sentida de este afecto guarda silencio, el autor hace oir como contraste de éste, que podemos llamar inconsolable dolor de lealtad, los rudos y acusadores acentos con que la sombra de Villalar persigue á aquella nobleza que por un momento simpatizó con el descontento de las Comunidades de Castilla, y que en el drama se nos pinta con los más negros colores. Fray Manuel es la conciencia del Conde de Benavente, en quien el poeta personifica á aquellos próceres considerados como traidores y desleales á la causa de las Comunidades. Este personaje no produce en el curso del poema situacion alguna: es comparable al coro de la tragedia antigua, dejando oir por intervalos la voz acusadora del remordimiento.

La figura de la enamorada Isabel tampoco llega á tomar proporciones altamente dramáticas; inspira sólo ese interes de simpatía que despiertan en el alma los personajes que, como la Ofelia del *Hamlet*, aparecen desde luégo subyugadas é inermes ante la fatalidad de un destino inevitable. Ama á Maldonado y presiente la suerte fatal del comunero: éste es todo el drama de Isabel, drama íntimo, patético, nutrido de sentimiento, que no se traduce al exterior sino por medio de una calorosa y apasionada poesía, sembrada de grandes bellezas, y cuyas primeras palabras disponen admirablemente el ánimo del auditorio á las trágicas emociones que ha de producir el personaje principal. La relacion en que descubre á su padre el tristísimo augurio que la anuncia el trágico fin de Maldonado, es bella y es dramática; se ve en ella una prueba de que, si la plenitud y la exhuberancia del númen poético dominan en las primeras obras teatrales del Sr. Zapata, en perjuicio de la accion y el movimiento, el artista se revela, sin embargo, en el instinto de esos oportunos resortes que tanto contribuyen á la vida, al desarrollo y al interes gradual de las obras destinadas á la escena.

Mayor movimiento determina en el curso del drama la aparicion algo tardía de doña María de Mendoza, si bien la pasion de que viene penetrada contra la aparente deslealtad de Maldonado, no está presentada en condiciones y en circunstancias propias para despertar una gran simpatía; no porque la viuda de un héroe, herida profundamente en sus afectos más santos y animada de un sentimiento de noble indignacion, no sea en sí misma una figura muy digna de despertar aquella simpatía, sino porque el poeta la presenta en los momentos en que el espectador se halla ya penetrado de la inocencia de Pimentel é identificado con el dolor en que abisman á este personaje los escrúpulos del honor y la injusticia de sus detractores.

La intervencion de la viuda de Maldonado en el drama, dispuesta de otro modo y encaminada á poner en contacto las dos pasiones de mujer que juegan en el poema, pudiera haber producido—habidas en consideracion las grandes facultades del Sr. Zapata—escenas de gran belleza y muy propias para dar proporciones más considerables el desenvolvimiento de estos dos caractéres.

El Conde de Benavente, personaje cuya entidad moral ha rebajado el poeta en demasía, haciéndole el blanco resignado y paciente de las duras calificaciones con que los vencidos de Villalar desahogan su resentimiento contra la nobleza castellana, es quizá el ménos dramático de cuantos intervienen en el poema. Su situacion está encerrada en un círculo completamente pasivo: rechazar incesantemente y con acentos, á la ver

dad, bien poco elocuentes, los insultos que Fray Manuel dirige en su persona á aquella nobleza que negó sus simpatías á las Comunidades, tan luégo como comprendió su tendencia á menoscabar el poderío de la aristocracia: lamentar el infortunio del hombre salvado por él del cadalso y puesto bajo su custodia en el castillo de Simáncas, y esperar con una confianza no ménos pasiva el indulto del comunero: tales son las condiciones con que el Conde de Benavente interviene en la trágica historia de *El Castillo de Simáncas*, ocupando continuamente la escena, sin llenarla una sola vez, sin crear interes dramático, sin dibujarse nunca con bastante energía en el conjunto del cuadro.

Pero lo que la última obra del Sr. Zapata ofrece de muy excelente, es la expresion de los dolores que torturan el alma de Maldonado, es la pintura vigorosa del estado moral en que nos presenta á este personaje, pintura en que abundan los rasgos felices y las grandes pinceladas, y en la que, á vueltas de una gran entonacion trágica y de un gran caudal de poesía, se observa un instinto dramático muy levantado. No es ciertamente un lirismo ajeno á las condiciones íntimas y al objeto del poema escénico lo que domina en la obra del señor Zapata en los buenos momentos de inspiracion: el lenguaje de las grandes pasiones y de los dolores excepcionales encuentra con mucha frecuencia en el númen del poeta formas magníficas de expresion que respondan á la naturaleza y la situacion de los personajes: rasgos profundos con los cuales el ingenio sabe imprimir en el arte á las grandes crísis del corazon humano aquel carácter de excepcional verdad y de ejemplar grandeza que descuellan entre las cualidades superiores de la buena tragedia y á que sólo se alcanza con el auxilio de facultades creadoras muy privilegiadas. Muchos rasgos de esta naturaleza podríamos citar si no nos faltase el espacio y la voluntad: el espacio, porque es muy limitado el de que podemos disponer; la voluntad, porque á los escritores como el Sr. Zapata conviene dejarles bajo la impresion de la censura, mejor que entre los arrullos del aplauso, siempre que la censura no se olvide de gritarles: ¡Adelante! despues de reconocerles el terreno conquistado.

Ahora bien; el terreno conquistado por el Sr. Zapata consiste en lo que podemos llamar un gran sentimiento del drama trágico y de sus formas de expresion elegantes, robustas y majestuosas: el terreno que á nuestro juicio le falta andar á este escritor consiste en una mayor variedad en la eleccion de los elementos dramáticos, en un contraste más vigoroso de los afectos, en una disposicion más sábia del argumento, y en un propósito más deliberado de graduar el interes.

A estas interesadas advertencias, hijas quizá del deseo un tanto egoista que abrigamos de renovar con más complacencia del sentimiento y del juicio emociones teatrales de un órden muy poco vulgar en estos tiempos, debemos agregar unas palabras de censura que no pesan sobre la conciencia poética del Sr. Zapata, y que ántes bien atestiguan la virtud de su genio. *El Castillo de Simáncas* no ha encontrado en el teatro Español, por lo que afecta á la unidad, á la armonía y al sentimiento oportuno y caloroso del conjunto, artistas poseidos de un arte bastante levantado y de unas condiciones individuales capaces de elevarse con vuelo firme á las alturas trágicas. Si despues de sentado este juicio quedasen términos hábiles para establecer excepciones muy fundadas, pero insuficientes para modificar de un modo esencial la impresion desfavorable que el desempeño del drama ha dejado en nuestro ánimo, diríamos que á los esfuerzos del Sr. Vico se debe el tanto ménos de medianía que pueda notarse en la representacion de *El castillo de Simáncas*.

No se desanime por eso el Sr. Zapata: los tiempos son malos; en el teatro como en la política, los cómicos son muchos; pero escasean los artistas de sentimiento y de instinto levantado.

Abril 4.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

NUESTROS GRABADOS.

LOS HIJOS DE LOS DUQUES DE MADRID.

En la página primera del presente número ofrecemos los retratos de los hijos de los Duques de Madrid.

Casado D. Cárlos de Borbon y de Este, pretendiente á la corona de España, con la jóven Princesa Doña Margarita de Borbon, su prima, los niños Doña Blanca, Doña Elvira y D. Jaime son los tiernos vástagos de este matrimonio, de los cuales la mayor apénas cuenta cuatro años.

Hoy, cuando se dice, tal vez sin fundamento, por la prensa política, que aquel pretendiente se dispone á abdicar sus derechos en la persona de su hijo D. Jaime, titulado Príncipe de Astúrias por los parciales de la solucion política que D. Cárlos representa, bajo la regencia del hermano de éste D. Alfonso, que se halla en Cataluña al frente de las fuerzas carlistas, parécenos oportuno y de actualidad presentar los retratos que aparecen en el gracioso grupo de la página citada.

ORGANIZACION Y ARMAMENTO DE CUERPOS FRANCOS.

Nadie ignora los sucesos ocurridos en la antigua ciudad condal el dia 21 de Febrero, en que las tropas y el pueblo, fraternizando con el mayor entusiasmo, proclamaron la república; y nadie ignora tampoco los demas importantísimos acontecimientos que, desde aquel dia, se vienen desenvolviendo en la ciudad mencionada.

Pero en medio de la embriaguez del triunfo, no se olvidaron los republicanos catalanes, en especial los de Barcelona, de que las facciones carlistas se paseaban triunfantes por la alta montaña, y acometian con buen éxito empresas tan desgraciadas para la causa de la libertad como la toma de Ripoll, el asedio de Vich y las correrías audaces por las inmediaciones de Gerona, y ellos, ardientes partidarios de la república, y por lo tanto enemigos jurados de la causa que simboliza la bandera carlista, se ofrecieron á la diputacion provincial de Barcelona para combatir á los partidarios del absolutismo.

Esta corporacion, que habia asumido casi todos los poderes desde el dia 21 de Febrero, aceptó los leales servicios de los voluntarios barceloneses, y dispuso inmediatamente que salieran de aquella capital várias columnas, compuestas de secciones de tropas del ejército y voluntarios, mandadas por sus jefes naturales y acompañadas de uno ó más diputados provinciales, en persecucion de los carlistas.

El segundo grabado de la pág. 212 representa el acto de armarse una de estas columnas, para salir á campaña contra los carlistas: todos sus individuos iban animados del mayor entusiasmo, vitoreando á Cataluña y á la república, rodeados de un gentío inmenso que acudió á presenciar su marcha y á animarles en su empresa.

Algunos han derramado ya su sangre en el campo de batalla, y es seguro que si las actuales instituciones republicanas peligrasen, todos ellos estarian dispuestos á imitar el noble ejemplo que les han dado sus bizarros compañeros.

EL VALLE DE JOSSAPHAT Y EL RIO JORDAN.

Conmemorándose en estos dias por la Iglesia católica la pasion y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, creemos que nuestros lectores verán con agrado los dibujos que damos en las páginas 213 y 224.

Representa la primera el estado actual del monte Olivete y valle de Jossaphat, segun cróquis tomado del natural en el año próximo pasado por el distinguido viajero inglés Mr. A. Harper, que realizó una atrevida excursion por el lejano Oriente, desde el Egipto á Jerusalen, con el objeto de escribir y publicar un concienzudo itinerario, ilustrado con magníficos grabados que representasen los lugares más célebres en la Historia sagrada, para que sirviera de guia á los innumerables peregrinos católicos que frecuentemente acuden á visitarlos.

Si hemos de creer al mismo Mr. Harper, en la cumbre de la pequeña colina, desnuda de árboles y vegetacion, que señala en primer término nuestro dibujo, debe fijarse el sitio donde tuvo lugar la crucifixion de Jesus, y para indicar esta creencia, se funda el viajero nombrado en la opinion de otros viajeros respetables, sin excluir al ilustre vizconde de Chateaubriand.

En la falda del monte Olivete existe hoy una pequeña aldea turca, de construccion no muy antigua, y algunos opinan, apoyados en una tradicion, que en el mismo sitio en que el mal apóstol Júdas Iscariote entregó al Hijo del Hombre se levanta ahora una modesta mezquita musulmana.

¡Vergonzoso es para los fieles católicos que aquellos sagrados lugares, donde existe, por decirlo así, la cuna de nuestra santa religion, y que fueron regados con la sangre preciosa de Jesucristo y con las lágrimas de la Vírgen María, se hallen cubiertos con la bandera musulmana, con la enseña de los Omar y Bayaceto!

La segunda lámina que hemos citado (pág. 224) es una pequeña vista panorámica del Jordan, en las cercanías del lago Tiberiades, — segun cróquis remitido por el Sr. Conde de Casa-Sarria, cónsul general que ha sido de España en Jerusalen.

El Jordan, con cuyas aguas quiso ser bautizado Jesucristo: él, que era todo santidad y pureza, instituyendo así el santo sacramento del Bautismo, que borra el pecado original y hace á los hombres hijos de Dios y herederos del cielo; — el Jordan, decimos, llamado por los naturales del país *Escheryah*, nace al pié de la montaña D'Fible-Cheikh, pasa por el famoso lago Tiberiades, y recorriendo un trayecto de 190 kilómetros próximamente, desemboca y se pierde en el mar Muerto ó lago Asfaltites — bajo cuyas aguas existen, al decir de la tradicion, las ruinas calcinadas de las ciudades sodomitas que fueron destruidas por el fuego del cielo.

En el punto que marca nuestro dibujo, los griegos ortodoxos han establecido una pequeña estacion para los peregrinos que visiten los Santos Lugares, y muchos son los que, despues de oir misa bajo una modesta tienda, se bañan en las aguas del célebre rio, con esa fe vivísima que, como dice un evangelista, purifica el alma.

ALEGORÍA DE LA PRIMAVERA.

¡La primavera!—¡Bien venida sea esa hada bienhechora! Ella parece como que coloca al mundo en nueva vida, como si despues de haber arrancado al nebuloso invierno su manto de nieve y de tristeza, viniese á presidir los destinos de la humanidad y á encaminarlos por una senda florida á la mansion de la ventura.

La bella lámina que publicamos en la pág. 216, composicion del Sr. Ruidavets, es un conjunto ingenioso y elocuente, que hace inútiles todas nuestra explicaciones.

Alegoría de la primavera, de la estacion de las flores, de las auras, de los cantos de las aves, de los crepúsculos misteriosos y halagadores, del amor y de la poesía.

SU SANTIDAD PIO IX, OYENDO UNA MISA REZADA EN LA CAPILLA SIXTINA.

Seguros estamos de que nuestros apreciables suscritores verán con agrado el bello dibujo de la página 217, que figura el acto en que el bondadoso Pio IX, despues de haber celebrado el santo sacrificio, oye una misa rezada, *privata*, en la capilla Sixtina, en accion de gracias.

El anciano Pontífice, si hemos de creer la relacion que tenemos á la vista, de uno de sus biógrafos, se levanta ordinariamente muy temprano, y celebra en su oratorio el santo sacrificio; mas despues se dirige á la suntuosa capilla Sixtina, donde uno de los familiares celebra á su vez, y Pio IX asiste al acto con religioso recogimiento.

Antes de 1870, cuando las tropas italianas no habian ocupado todavía la ciudad de Roma, verificábase este acto con cierta severa ostentacion: el Sumo Pontífice, á quien seguian sus familiares íntimos y prelados domésticos, presididos casi siempre por Monseñor Antonelli, ministro de Estado, y Monseñor Ricci, mayordomo mayor de palacio, encaminábase á la iglesia por entre una doble fila de Guardias Nobles, que apénas podian contener la multitud de gentes, de todas las clases de la sociedad, que acudian á recibir la bendicion del venerable papa.

Ya dentro de la capilla, arrodillábase éste en el presbiterio, detras del prelado oficiante, en un modesto reclinatorio de terciopelo blanco y grana; al rededor se colocaban los familiares y prelados y una seccion de los Guardias Nobles, y el fondo de la iglesia se llenaba de curiosos fieles, principalmente señoras de la más calificada nobleza.

Terminada la misa, Su Santidad bendecia á los circunstantes, y retirábase la comitiva por el mismo órden á las habitaciones interiores.

Hoy, aunque el Sumo Pontífice se halla encerrado en el palacio del Vaticano, las ceremonias son las mismas, aunque la ostentacion haya disminuido.

Y, al decir de los periódicos romanos afectos á la Santa Sede, ahora suele ser mayor que ántes la concurrencia de fieles á los actos religiosos que preside el Papa, como si los católicos de Roma quisieran protestar de su adhesion y amor al Sumo Pontífice en medio de las tribulaciones que le rodean.

EL DOMINGO DE RAMOS.

Conmemora en este dia la Iglesia católica la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen, cuando los habitantes de aquella ingrata ciudad, que pocos dias despues habia de levantar la cruz del Gólgotha, recibieron con palmas y laureles al Hijo de Dios, reconociéndole como descendiente de David y rey de Judea.

En todas las iglesias del mundo católico se celebra el Domingo de Ramos con la bendicion solemne de las palmas, y para algunos pueblos es tal dia una de las festividades más señaladas.

Ya en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA del año último hemos publicado una bella lámina que representaba la solemne procesion de ramos en la suntuosa basílica toledana, y el dibujo que ofrecemos en el presente número, pág. 220, figura el acto en que el preste oficiante distribuye, entre los sacerdotes y el pueblo que asiste á la ceremonia, las palmas y ramos bendecidos.

Dicha escena la supone el autor del dibujo en la puerta de la iglesia parroquial de San Luis, obispo, de esta villa de Madrid.

En seguida se verifica la procesion, en el interior de la iglesia ó por los alrededores de la misma, recordando así la entrada triunfante del Salvador del mundo en Jerusalen.

Pero como los augustos misterios que conmemora la Iglesia en la Semana Santa son los de la Pasion y muerte de Jesucristo, á la vez que se recuerda el triunfo del Hijo del Hombre, anunciado por los profetas y escritores sacros, inspirados por el Espíritu Santo, se da principio á las solemnes ceremonias de la Pasion.

Al lado de la idea del triunfo se coloca la idea del sufrimiento; cerca de las palmas y laureles se hallan el cáliz de la amargura y la corona de espinas; á través de los ecos de gloria resuenan los quejumbrosos ayes de la Víctima santa que marcha lentamente al Calvario con la cruz á cuestas!....

El coronel de Estado Mayor D. Manuel Ibarreta, muerto gloriosamente en el combate de Monreal.

MONUMENTO EN LA CATEDRAL DE GLOCESTER.

Dedicarémos pocas palabras al grabado de la pág. 221, que copia fielmente, de fotografía, un precioso relieve, tallado en mármol blanco, que existe en la catedral de Glocester, una de las iglesias más suntuosas de Inglaterra, y la cual, segun dice un ilustre artista viajero, Mr. Dicker, pudiera ser el Westminster de la Gran Bretaña si Westminster no existiese.

Dicho relieve pertenece á esa clase de obras que tanto renombre dieron al insigne Flaxman, el Miguel Angel del Norte, como lo designan los críticos ingleses modernos, y de las cuales ha legado preciosos modelos á las artes y á la historia en los diferentes monumentos funerarios, bajo-relieves y estatuas que existen en várias iglesias.

HOSPITAL PARA LOS PEREGRINOS DE TIERRA SANTA.

Sobre la cima de una elevada colina que domina el camino que conduce de Jerusalen á Belen, en el sitio donde, segun una fiel y antigua tradicion, existe el sepulcro de Rachel, se presenta á la vista del peregrino un espacioso edificio, construido hace pocos años por los cuidados del Cónsul General en Palestina, Sr. Conde Caboga Cerva, con el objeto de dar principio al restablecimiento en Tierra Santa de una

BARCELONA.—Organizacion y armamento de cuerpos francos.

PALESTINA.—Vista del monte Olivete y valle de Josaphat.

de las más gloriosas y útiles instituciones de la Edad Media: la de los caballeros del hospital de San Juan de Jerusalen.

Esta órden fué fundada, como es sabido, en el año 1113, en Jerusalen, con el fin principal de defender la religion católica y dedicarse sus caballeros al servicio de los pobres y peregrinos: y si las modificaciones y circunstancias de la época actual han hecho inútil ahora el primer objeto, es, al contrario, de grande necesidad é importancia el segundo, en virtud del cual los caballeros hospitalarios deben ofrecer al pobre y al peregrino, en Tierra Santa, un asilo y una cama para curar sus dolencias ó proporcionarles descanso.

Éste es el filantrópico fin que se propuso el Conde Caboga, caballero austriaco de los más celosos de esa órden, quien venciendo las muchas dificultades que se le presentaron, supo llevar á buen término su proyectado plan.

Contribuyó generosamente á la realizacion de esta piadosa obra el actual emperador de Austria, Francisco José, que visitó los Santos Lugares en 1867, siendo el primer soberano coronado que, desde 1227, habia estado en Tierra Santa, y contribuyeron tambien varios otros caballeros de dicha órden de toda Europa, y muy particularmente del Priorato de Bohemia, el cual destinó para la fundacion de que tratamos la cantidad de 400,000 francos.

El edificio, representado en nuestro primer dibujo de la pág. 221, consta de dos partes: un hospital y habitaciones para el Director, médico, capellan y demás dependientes.

El celoso Conde Caboga, no satisfecho aún con esta fundacion, se propone ademas hacer otras semejantes en los diversos puntos de la Palestina, donde se reconocen como necesarias.

E. Martinez de Velasco.

MUJERES DEL EVANGELIO.

CANTOS RELIGIOSOS, POR LARMIG (1).

En medio del confuso clamoreo que desgraciadamente levantan en España las pasiones políticas, sociales y religiosas, cuya violencia, ó más bien, cuyo vértigo todo lo envuelve y atropella, instituciones, tradiciones, leyes, usos y costumbres, aparecen en la arena literaria las *Mujeres del Evangelio*. ¿Es este libro una protesta, una aspiracion ó un gemido? No lo sé; pero cuando por todas partes se oye el trabajo de zapa de las ideas demoledoras, que minan los fundamentos antiguos de la sociedad española; cuando el polvo de las ruinas, que de dia en dia se amontonan en este ardiente campo de batalla, ciega nuestros ojos y oscurece nuestra inteligencia; cuando resuenan en nuestros oidos gritos fatídicos y desconsoladores; cuando la incredulidad *avanza como la corriente desbordada* de una inundacion; cuando los dioses y los reyes se van, hay en este libro, lleno de poesía verdadera, y escrito bajo la inspiracion sublime del Evangelio, algo que contrasta con el tumulto arrollador y la agitacion devoradora de estos tiempos perturbados y calamitosos. Edificar cuando tantos destruyen; acordarse de Dios, cuando tantos le olvidan; buscar en las purísimas fuentes de la religion ejemplos y símbolos contra la fria impiedad que invade el cuerpo social á modo de gangrena, es empresa digna de aplauso, que revela un alma noble y honrada; es ponerse generosamente en contra de la fuerza que mata, y al lado de los sentimientos que vacilan, no esquivando la lucha, y queriendo salvar del general naufragio el sagrado depósito de nuestras creencias amenazadas.

El esfuerzo es propio de un gran poeta, y Larmig, ó mejor dicho, el escritor que se oculta modestamente bajo este singular seudónimo, lo es de gran valía. Hoy se revela al público; pero hace mucho tiempo que yo lo sabía. Permítaseme recordar una época lejana, que tiene *para mí*, y de seguro tiene tambien para Larmig, melancólicos encantos. Éramos casi niños; estábamos en esa edad de la vida en que se despiertan los deseos, como los gérmenes en el surco, sin forma, sin color, y en que las realidades del mundo *se presentan á nuestros ojos confusamente*, ocultando sus dolores y miserias. Todas las tardes acudíamos á casa de Larmig cuatro adolescentes unidos por el doble vínculo de la amistad y de la poesía: él, Agustin Bonnat, Cárlos Rubio y yo. Leíamos, escribíamos y soñábamos juntos, sin que la más leve sombra entenebrase el vastísimo horizonte que abrian á nuestras aspiraciones juveniles la ilusion y la fantasía, entónces nuestras inseparables compañeras; nos consultábamos mutuamente nuestros tímidos ensayos literarios, animándonos y fortaleciéndonos con fraternal cariño; íbamos por el mismo camino, y creíamos en la gloria humana. ¡Ay! de los cuatro que nos reuníamos, dos han muerto ya prematuramente: el poeta Agustin Bonnat, que ocultaba bajo una forma ligera profundo espíritu de observacion, y Cárlos Rubio, que cortándose las alas á su poesía, se entregó sin reserva á las agitaciones febriles de la política, para morir abrumado en lo mejor de su edad por el cansancio y la desesperacion de la vida. Más de un año duraron nuestras diarias conferencias; despues el curso natural de los sucesos nos empujó por sendas diferentes: Larmig, á una sentencia de desgracias de familia, arrinconó su lira, y marchó á Inglaterra para emplear su actividad en más prosáicas, aunque más provechosas tareas; Bonnat entró en una oficina del Estado, y Cárlos Rubio y yo nos lanzamos á la arena ardiente del periodismo. Pero en la breve y feliz época de nuestras reuniones, nos fue permitido apreciar—aunque ya solo pueda yo decirlo—el estro, la inspiracion elevada, el vigoroso sentimiento poético que ardia en el alma de Larmig, y que prometia seguros triunfos á su musa. Este convencimiento que de sus fuerzas abrigábamos, explicará la pena con que entónces le vimos emanciparse, y la alegría que hoy siento ante la aparicion de las *Mujeres del Evangelio*, de estos dulcísimos cantos con que reanuda su interrumpida carrera literaria un poeta que yo habia creído muerto, y que en realidad solo ha estado dormido.

Podria sospecharse quizas que la amistad, esa amistad contraida en los primeros años, tan difícil de romper y de olvidar, me hace juzgar apasionadamente las poesías de Larmig; pero contra esta sospecha opongo como defensa el juicio público, á quien ciertamente no puede suponerse de parcialidad, y que ántes que yo ha anticipado su fallo favorable. A pesar de que los tiempos que alcanzamos, tan revueltos y descreídos, no son los más propicios para que la voz de la poesía pueda sobreponerse á la desordenada gritería de nuestras intestinas discordias, es un hecho que la publicacion parcial de algunos de los cantos de esta coleccion ha producido en la esfera literaria un efecto tan inesperado como profundo. La prensa, haciéndose eco de esa impresion cada vez más viva, ha consagrado á estas poesías aisladas una atencion preferente: *El Debate*, *La Epoca*, *El Diario Español*, *El Eco de Ambas Españas*, *La Constitucion* y otros periódicos, cuyos títulos omito por no pecar de prolijo, han publicado, no una, sino varias veces, largas y meditadas críticas, celebrando el mérito de estos poemas, cuya trascendencia moral, engrandecida, por decirlo así, con la belleza de una forma pura, castiza, correcta y elegante, se ha impuesto á la turbulencia ruidosa de nuestras agitaciones políticas.

Y se ha impuesto, porque, como he tenido ocasion de manifestar al principio, las *Mujeres del Evangelio* son algo más que una obra literaria, algo más que la brillante explosion de una imaginacion poética: son un libro de combate, una protesta, una queja contra ese viento tempestuoso, que pasa sobre la tierra removida de Europa, derribando *tronos*, *altares*, *tradiciones*, *sentimientos* y *creencias*. Las *Mujeres del Evangelio* hablan á la inteligencia y al corazon, porque á la vez que tienden á reavivar la fe religiosa como elemento social, en estos tiempos llenos de incertidumbres y dudas, en que tan rudos golpes se le asestan, hacen vibrar las cuerdas del sentimiento femenino, de esa grandiosa arpa humana, donde todas las ternuras y todos los dolores, todas las grandezas y todas las caídas encuentran su himno ó su lamento.

Desde el cariño maternal que halla en María su expresion más sublime, hasta la purificacion de la pecadora Magdalena por el amor y el arrepentimiento; desde la caridad inagotable de Berenice, piadoso y purísimo símbolo de la mujer valerosa, que animada por el espíritu de Dios, consuela y cura en los hospitales, asilos y campos de batalla las enfermedades del alma y del cuerpo, hasta la creyente virtud de Marta, que arranca del sepulcro á Lázaro, reanima su hogar, y revela que la fe no solo puede mover las montañas, sino resucitar los muertos; desde la *intuicion generosa* de la Samaritana, *que adivina y comprende por el sentimiento* las más nobles y elevadas verdades, confusas y veladas quizás para los entendimientos superiores, hasta las interminables angustias de la Mujer adúltera, librada del suplicio, pero no rehabilitada ni en paz con su conciencia; todos los misterios del corazon, todas sus alegrías, todas sus penas, todas sus aspiraciones, todos sus castigos tienen en estos poemas su voz, su nota, su gemido y sus lágrimas. Larmig debe estar satisfecho de su obra, donde se expone el influjo eterno de la idea, ó mejor dicho, del sentimiento cristiano sobre la vida humana, y resalta el íntimo enlace, la conexion nunca interrumpida que existe entre la tierra y el cielo; entre el alma que goza, sufre y aspira, y el Dios que la ha criado, poniendo como límite á las miserias del mundo la infalible esperanza de lo desconocido, que empieza en la hora suprema de la agonía.

Sobre la forma con que Larmig ha sabido revestir sus poéticas inspiraciones, todo cuanto dijera seria poco. Lo que bien se siente, bien se expresa. Hay en estos cantos una sencillez clásica, una elevacion de conceptos, un gusto tan exquisito; están de tal modo ajustados al asunto que tratan y dentro de la creencia que los inspira, que se explica naturalmente la honda impresion que en el público literario han causado. Ninguna imágen violenta los disloca, ningun giro vicioso ó oscuro los desluce: son majestuosos, persuasivos, insinuantes, como la doctrina que los civiliza, y se creeria, al hojearlos, si no supiéramos que el autor vive entre nosotros, que estaban escritos por alguna pluma de nuestro siglo de oro; tanto es lo que se aparta de las libertades y licencias que han introducido en nuestra literatura el influjo de extraños autores y la corrupcion del lenguaje: esa corrupcion que se ensancha con pena, pero sin sorpresa de los que atentamente la ven infiltrarse en nuestro idioma, porque demasiado comprenden que no habia de permanecer puro, firme é incólume el más poderoso instrumento de la inteligencia, cuando todo, en el órden moral, filosófico y político, se pervierte y derrumba.

Pinta Larmig á María en la hora del crepúsculo, cuando el sol va apagándose lentamente y el opaco resplandor de la luna empieza á iluminar las profundidades del cielo. Está sola al pié de la cruz, donde ha espirado su hijo:

«Lívida, demudada, macilenta,
Con ambos brazos á la cruz se anuda:
Viendo muerto á Jesus, y que ella alienta,
De la verdad de su desgracia duda.
¡Ya en lastimera voz en vano lamenta,
Ya el supremo dolor la deja muda!
¡Cuál padece la madre desolada,
Sin clavos y sin cruz crucificada!»

Más adelante, en este mismo canto consagrado á la Madre del Redentor del mundo, á esa piadosa intercesora del *linaje humano*:

«Amor que siempre acrece y nunca tuvere,
Lluvia que alegra el prado y no lo anega,
Mano que siempre cura y nunca hiere»,

exclama inspirado el poeta, lamentándose melancólicamente en las vanas felicidades de la tierra:

«Sé que la dicha que el humano anhela,
En este valle lóbrego no anida:
Es ave cautelosa, que no vuela
Sino en alta region desconocida.
¿Qué es la dicha? El amor que no recela,
Que nada teme, que jamas olvida.
¿Dónde el *perenne amor* tiene su imperio?
Del cielo en el recóndito misterio.»

¿Con qué ternura expresa el poeta los encontrados sentimientos que embargan el corazon de Magdalena cuando, tocada *por el amor divino*, y pesarosa de los desórdenes de su pasada vida, arroja léjos de sí las galas, que son sus pecados, y se ruboriza por vez primera de su desnudez física y moral!

«¿Qué súbito pesar su pecho oprime?
Con vergüenza se mira,
Recordando su vida, se estremece,
Y el aire triste que en su torno gime,
Murmullo de sus culpas le parece.
Convulso, al revolver en su memoria
De su agitada historia
Los recuerdos livianos,
Rasga el helo cendal que le engalana,
Y el rubor comprendiendo de Susana,
El seno cubre con entrambas manos.»

Para demostrar la insuficiencia de las vanidades del mundo, de la gloria del sabio, del guerrero y del poeta, que en último resultado no puede apartar del hombre la desdicha á que su pecado original, su primitiva caida, le condenan en este valle de lágrimas, se vale Larmig de una comparacion tan vigorosa como exacta:

«Así los ríos en veloz carrera
Sus linfas llevan á la mar en vano,
Sin poder endulzar una siquiera
De las ondas del férvido Océano.»

Larmig describe tan bien como siente. ¡Qué cuadro tan conmovedor el de Berenice, cuando atraida por el rumor de la muchedumbre que corre ansiosa á presenciar el suplicio del Redentor,

«Se arrastra á la ventana; allí de hinojos
Ve á Jesus á su puerta derribado,
Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,
Y en ella fijos los inmóbiles ojos,
Ojos llorosos que piedad inspiran,
Ojos sin ira que el perdon predicen,
Ojos que tristes al mirar suspiran,
Ojos que tiernos al mirar bendicen!»

Estos cuatro últimos versos constituyen por sí solos todo un poema.

Como dechado de entonacion lírica y de riqueza de imágenes, no puedo resistir á la tentacion de trascribir las palabras con que Jesus anuncia á San Juan sus altos destinos y la concepcion maravillosa del Apocalipsis:

«Óyeme, Juan: — Mi Padre te destina,
Del humano linaje para gloria,
A escribir inspirado mi doctrina
Siguiendo fiel las huellas de mi historia.
Del cieno de la tierra arrebatado
Tu espíritu á regiones inmortales,
Evocará las sombras del pasado,
Y aspirarás las auras germinales,
Que en el *principio* á la materia inerte
Arrancaron del sueño de la muerte.
En gigantesco y portentoso vuelo,
Atravesando siglos á millares,

---

(1) Los habituales lectores de La Ilustracion Española y Americana conocen ya algunos de los bellísimos poemas del Sr. Larmig, que nuestro periódico ha publicado.

Terminada la obra, de que formaban parte, ha visto ya la luz con el título de *Mujeres del Evangelio*.

Siendo nosotros los editores de este precioso libro, serémos muy parcos en su elogio, que podiera parecer interesado.

Nos limitarémos á insertar el artículo que precede, que es el notable prólogo de dicha obra, debido á la elegante y castiza pluma del distinguido literato Sr. Nuñez de Arce.

El Sr. Arce hace ya notar la *honda impresion que* en el público literario han causado estos inspirados poemas, que parecen escritos, como oportunamente dice el autor de *El Haz de leña*, por algun poeta del siglo de oro de la literatura española.

Las *Mujeres del Evangelio* han sido elegantemente impresas en el acreditado establecimiento del Sr. Rivadeneyra.

(N. de la R.)

Y de lo porvenir rasgando el velo,
Verás el dia de esperanza y duelo
En que luchen los altos luminares,
Incendiando los términos del cielo.
Avida nube sorberá los mares,
La máquina del orbe derrüida,
Rotos ya sus fortísimos cimientos,
Sin concierto, sin forma, denegrida,
Cual leve arista llevarán los vientos.»

Nunca acabaria si fuera á citar todos los primores de pensamiento y estilo que esmaltan estas poesías, y además seria trabajo inútil, toda vez que los lectores tienen ocasion de apreciarlos por sí mismos. Por otra parte, tampoco es en su genuina significacion un juicio crítico el que escribo: fáltanme espacio, y quizás fuerzas para empresa tan difícil. Es más bien la expresion de las ideas que despierta en mí este libro, que en todo tiempo seria trabajo literario importante; pero que en las circunstancias presentes es tambien obra meritoria y honrada. En medio del trastorno general que conmueve las entrañas de nuestra sociedad, cuando todo vacila y cae con pavoroso estrépito, y no sabemos si se hundirá bajo nuestras plantas la tierra que pisamos, desquebrajada y rota; cuando las mismas sombras que nos espantan acaso nos impiden ver los abismos que nos cercan; cuando en todas las almas hay el presentimiento de la catástrofe, ¡bienaventurado el poeta que recoge nuestras creencias, alza su voz sobre el tumulto de las pasiones desencadenadas, y al ver que todo se estremece en torno suyo, que desde las alturas oficiales, es decir, desde las regiones en que se forja el rayo, se declara guerra mortal á las religiones positivas como contrarias al progreso, tiene valor para dirigir á esta generacion, tan frenética como desgraciada, el piadoso ruego que Virgilio pone en labios de Enéas fugitivo, sin hogar y sin patria: — *Dilis sedem exiguam rogamus.* — Os pedimos un pobre asilo para nuestros dioses, que quizás no tendrán templo mañana.

G. Nuñez de Arce.

11 de Marzo de 1873.

PRIMEROS TIEMPOS

DE LA POESÍA ESCANDINAVA.

(CONTINUACION.)

Del siglo XI al XII enmudecieron los escaldas, pero se siguieron aún multiplicando las tradiciones de los sagas durante largas edades.

Juntos ambos cantares constituyen la poesía escandinava, poesía eminentemente popular, como ántes dije. Que pinten la vida del guerrero ó los secretos sufrimientos del hogar doméstico, ambos cantos pertenecen á la poesía del pueblo, ambos cantos tienen un mismo carácter, un mismo ideal; en ambos son las imágenes sombrías, y respiran los sentimientos y los afectos idéntica ferocidad; en uno y otro, en fin, se reproducen los mismos epítetos y el mismo lenguaje: son los rios el sudor de la tierra y la sangre de los valles; el cielo es el cráneo del gigante Himer, las flechas el granizo que destroza los cascos, el hacha es la mano derecha del asesino, la hierba es la cabellera de la tierra, y la tierra es la nave que boga en el mar de las edades, es la hija de la noche y el sosten de los aires; el campo de los piratas es el mar, y su bajel el caballo de las olas; con las negras alas del cuervo comparan la rubia crencha de una jóven, y con el brillante metéoro la espada del guerrero.

En los cantos de los escaldas, como en los sagas, causan horror las sangrientas pasiones y los terribles crímenes que allí se pintan; no pueden leerse sin repugnancia esos cuadros de bárbaras é interminables venganzas, de perpétuas guerras, de incendios, robos y devastaciones, de inmorales adulterios y de nefandos incestos. Queda el ánimo aterrado al contemplar tan sangrientas escenas; se creeria que el escandinavo únicamente intentó realizar su ideal poético en los cruentos horrores de la más increible ferocidad, y miéntras involuntariamente se cierran los ojos para no ver los estragos de tan atroces pasiones, se espanta la imaginacion con un pueblo de fantasmas, de hadas, de silfos, de enanos y de trollos que ante ella se presentan, lanzando estrepitosas carcajadas ó profiriendo terribles amenazas, jugueteando en las selvas ó sobre la superficie de las aguas, haciendo horribles muecas y grotescas contorsiones, ó bien enconando las iras y excitando á la venganza, y siempre rodeados del imponente misterio de la magia.

Pero en medio de este mundo terrible de ideal ferocidad y de sangrientas ficciones, surge una idea inesperada que sorprende en [illegible] cuadro por su singular constraste; es la idea ri[illegible] que en él se encuentra del culto sagrado de la [illegible]; idea consoladora donde gusta el ánimo descans[illegible] olvidar un momento los horrores que le cercan, [illegible]nte á la hermosa Ondina que con su dorado y a[illegible] semblante hace olvidar las eternas tristezas d[illegible]os desiertos de hielo. Domina en efecto la me[illegible]nedio de la ferocidad escandinava, y hermo[illegible]ima ablanda con sus seductores encantos el [illegible]azon de aquellos piratas. Ama el escandinavo, y el fuego del amor oculta en él la ferocidad de las otras pasiones; no teme ni la inmensidad del mar ni el furor de las tempestades, y se estremece con sólo pensar que va á faltar á su amada, y mil veces morirá ántes que no cumplir la promesa que le hizo. Si dos personas de distinto sexo se encuentran en un viaje y tienen que dormir bajo un mismo techo, entre los dos coloca el hombre su desnuda espada, y contra su afilado tajo se estrellará impotente la furia de las pasiones. El héroe Hagbar prefiere morir á romper las ligaduras con que le ató una mano pérfida, pues son los cabellos de su amada Sigmilda. Hagen, atacado de improviso, resbaló sobre las húmedas pieles que al intento habia puesto Grimilda para hacerle caer. «¿Te acuerdas, exclama entónces Grimilda, que juraste que si llegáras á caer delante de un enemigo no te volverias á levantar para combatir con él?» — «Es verdad», responde el héroe, y sigue combatiendo; y áun así mata á tres enemigos. Tan poética como la Ofélia y la Julieta de Shakspeare es en los sagas la figura de Ingelburga. Al recibir el anillo que ántes de espirar le mandó su amante, comprende Ingelburga que ya no volverá á ver al deseado de su corazon, y fijando sus miradas en la prenda de amor, muda permanece un instante y cae luégo exánime á los piés del valiente Odur, el fiel compañero y el inseparable amigo del desgraciado Valmar.

Sí: los cantos escandinavos rinden á la mujer un culto que le negaron todos los pueblos de la antigüedad. La sonrisa de una doncella, el abrazo de una valkiria, son la mayor recompensa que pueden tener las hazañas del pirata escandinavo, y muere gozoso en medio de horribles sufrimientos, porque entrevé el Whallala y las hermosas vírgenes que allí le prodigáran sus caricias y le sirvieran hidromiel y cerveza.

El mágico influjo que en su corazon ejercen los encantos femeniles, lo representa aquel pueblo con la ideal creacion de misteriosas hadas que vagan fantásticas por los aéreos espacios, habitan los montes, los valles, los bosques, las playas, y acompañan invisibles al guerrero hasta recoger su último suspiro.

A veces tambien se convierte la mujer en audaz é intrépido guerrero, cubre sus pechos con la coraza, y empuñando la espada, no necesita del auxilio del hombre para defender su honor. Su indomable valor se complace entónces en el estruendo de las batallas, se engrie al ver correr la sangre, insulta á los cobardes y se lanza frenética á lo más fuerte de la pelea. Tan grandes son sus bríos, que los combatientes suspenden instintivamente la lucha para contemplar atentos los prodigios de valor de la heroina, y en el mismo campo de batalla la saludan con el título de reina. Convertida en guerrero la mujer, supera en valor y en ferocidad al más terrible de los piratas; acomete una heroica empresa, y miéntras á su lado tiemblan los valientes, ella sigue adelante y consigue su fin.

De nadie implora justicia, se la toma por su mano, y se ven entónces esos cuadros tan característicos de la literatura escandinava, donde una jóven en lo más oscuro de la noche va á traspasar el pecho del amante que le es infiel, donde una reina envenena á la mujer que en su pecho engendró la pasion de los celos, y donde aparecen, en fin, dos hermanas que para vengar la muerte de su padre toman vestidos de hombre, se apoderan del asesino y le tajan en menudos pedazos.

Entre los escandinavos, como entre todos los pueblos septentrionales, existian tambien mujeres que se reputaban inspiradas por la Divinidad. Vestidas de blanco, cubiertas de simbólicos adornos, se apoderaba de ellas algunas veces cierto sobrenatural delirio; y entónces, salientes los ojos de sus órbitas, sueltos los cabellos, llenos los labios de blanca espuma, y empañado el rostro de lívida palidez, extendidos los trémulos brazos, pronunciaban algunas mágicas é incomprensibles palabras, en medio de horribles convulsiones y levantando el velo impenetrable de lo que estaba por suceder, profetizaban al pueblo, sobrecogido de religioso terror, los funestos ó dichosos acontecimientos que su mente en delirio creia entrever en medio del cáos insondable de lo futuro. Las alrunas eran en la Escandinavia lo que Ganna en el país de los semnones, lo que la célebre Veleda entre los brúcteros. Encerrada ésta en una elevada torre, vivia misteriosa y solitaria en medio de pantanoso desierto, y cuando algun invasor amenazaba á los suyos, sus profecías les servian de alarma y sus cantos de himno de guerra. Hermanas de las sacerdotisas de las islas del Sena, de la Armórica y de la embocadura del Loira, eran todas ellas las sibílas de los pueblos del Norte. Habitaban desiertos lugares, y entonaban cantos sagrados, ya en lo más alto de una solitaria cumbre, ó bien entre los áridos peñascos que sirven de eterna barrera al furor de las olas. Asombrado el pueblo de su misteriosa existencia, les atribuia mágicas virtudes, creia que curaban las enfermedades, que desencadenaban ó aplacaban la furia de los vientos y que, diosas verdaderas, cambiaban cuando querian sus formas corporales, para venir á presidir los actos más importantes de la vida. Una de estas misteriosas mujeres fué la Valau-vola, cuyos cantos proféticos podrian llamarse el Apocalipsis escandinavo.

El año 861 dirigia Naddod, al través de los procelosos mares del Norte, una de las anuales expediciones de los piratas noruegos, cuando sorprendido por la tormenta, fueron sus barcas arrojadas por los vientos á unas costas desiertas y casi inabordables. ¿Cuál no debió ser la sorpresa de tan intrépidos navegantes al pisar por vez primera las playas ignoradas, que parecian haber surgido en aquel instante del seno de los mares, para ofrecerles refugio seguro contra el furor de la tormenta? Todo allí asombraba la imaginacion: la blanca é inmensa capa de nieve que, semejante al casto cendal de las doncellas, cubria en toda su extension aquella vírgen solitaria del Océano, hacia singular contraste con el cerúleo color de las olas. Oian el silbido de surtidores de agua hirviendo, y resonaba en lontananza el mugir de diez volcanes, que estremecian el suelo con estruendo pavoroso y lanzaban en los aires candentes columnas de rojizos vapores, formando sobre la isla misteriosa la atmósfera fantástica de los sueños. Corrian despeñados de abismo en abismo torrentes asoladores de humeante lava; anchos, profundos é impetuosos rios regaban su superficie. Naddod llamó aquella tierra *Snoland* (Isla de nieve), y volvió presuroso á anunciar á su patria la asombrosa aparicion que habia tenido allá en los confines del Océano, muy léjos de las regiones habitadas por hombres. Acudieron numerosas expediciones, y siete años más tarde la isla de *Snoland* cambió su nombre por el de *Ice land*, Islandia (Isla de hielo).

Empezaba el siglo X cuando Haroldo, el de la hermosa cabellera, se apoderó de la Noruega: pocos, muy pocos, fueron los de la raza vencida que pudieron acostumbrarse á vivir bajo el yugo de sus opresores, y una numerosa emigracion, dirigida por Ingolfo, vino á buscar en el suelo más afortunado de la Islandia la libertad, que ya no encontraba en su tierra. Guiaba aquella colonia la mano invisible de la Providencia, que queria trasmitir intacto á las venideras generaciones el tipo original del mundo del Norte, destinado á no dejar en su patria más que un vago y confuso recuerdo de su primitiva existencia, miéntras que trasplantado á una isla separada del mundo por hielos y por mares, iba á perpetuarse de siglo en siglo y ser para los tiempos modernos objeto de asombro y de profunda meditacion.

Poco á poco fueron allí acudiendo nuevas emigraciones, y no habian aún pasado *sesenta* inviernos, como dice el *Edda*, cuando ya la isla poco há desierta se encontraba enteramente poblada. Los habitantes de la Noruega no habian hecho más que cambiar de suelo; conservaban sus leyes y sus costumbres, seguian cantando sus antiguas leyendas, y los sagas habian encontrado en este cambio de patria una nueva fuente de inspiracion. Al referir los padres á los hijos alguna tradicion religiosamente conservada en la memoria del pueblo, les decian: «Esto pasaba en el país de Noruega.» Y enardecida la imaginacion por tan admirables leyendas, fantaseaba el islandés un país de delicias, cuyos héroes portentosos se asemejaban á los dioses; y aumentando más y más lo maravilloso del cuadro la inmensidad de la distancia, creian pertenecer aquellas tierras á un mundo distinto y superior al suyo. De aquí el desear con vehemente anhelo desde la niñez los hijos de la Islandia que los llevárau sus padres á la tierra de las leyendas: juntos embarcábanse unos y otros en llegando la estacion del verano; y en los bajeles construidos con los hermosos y gigantescos árboles que al través de los mares les mandaba misteriosamente un ignorado mundo, iban á recoger en las costas del Báltico y de la Suecia las leyendas y las tradiciones de la Europa antigua para depositarlas en su suelo, límite extremo entre dos mundos que entónces mutuamente se desconocian. A su regreso veian la playa cubierta de parientes y amigos, que esperaban con impaciente ansiedad estrecharlos entre sus brazos y oir la relacion animadísima de sus nuevas aventuras; y cuando llegaban las largas noches de invierno, reunidos todos en la ahumada choza, escuchaban con ojos de profunda avidez las arriesgadas expediciones marítimas, la hermoseada pintura de las tierras que se hallan al otro lado de los mares, las nuevas hazañas de algun héroe de la Noruega, de algun rey de Dinamarca ó de algun escalda de la Suecia. Con ello las tradiciones escandinavas del continente se encontraron trasplantadas á suelo tan apartado, léjos del roce de los demas pueblos y de la corruptora atmósfera de las tradiciones europeas, que habian de hacer olvidar á las dos penínsulas de la antigua Escandinavia lo más heróico y genial de sus leyendas.

Olvidados los sagas y los cantos de los escaldas, perdido el *Edda*, se necesitan prodigios de erudicion para

Alegoría de la Primavera, composicion de D. J. Riudavets.

ROMA.—Su Santidad Pio IX oyendo misa en la capilla Sixtina.

resucitar en el continente de Europa el antiguo mundo escandinavo, miéntras al que viaja por la Islandia le basta oir los sencillos relatos del pescador y del aldeano para figurarse en toda su poética verdad costumbres y siglos que pasaron. Entre el viajero en cualquier cabaña, y verá impresos en las toscas maderas que le sirven de sosten pasajes enteros de los sagas: acepte la cordial hospitalidad de aquellas pobres familias, y oirá, por la noche, al jefe del hogar comentar con sonora entonacion á la familia, reunida en torno suyo, cantos escogidos del *Edda*; y al ver la instantánea emocion que de cuando en cuando estremece al auditorio, comprenderá que todavía se sienten allí las bellezas de la primitiva poesía escandinava, que los héroes de los escaldas y de los sagas viven todavía entre aquellas sencillas gentes, y que áun se oyen con veneracion y respeto las tradiciones rimadas de sus maravillosas proezas.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA Y CALVO.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

(CONTINUACION.)

Desde luego los marcó por suyos y como *buenos* fáciles de deshollar por los cofrades de Campuzano, allí donde cada uno era una águila en el oficio y jugaba de la *sota*, de la *cerraguilla* y *del calmillo* (1) como un *gerifalte* (2).

Arremetió á ellos, y llegándose el más jóven, que frisaria en los veintitres, haciéndole reverencia dijo:

—Dios guarde á vuesa merced, señor mio.

—Él nos guarde á todos, respondieron casi á un tiempo ambos jóvenes.

—Perdónenme si es indiscrecion, pero así obispe, como se me antoja que sus mercedes son forasteros, y áun diria que burgaleses, y aseguraria casi que en ese rostro, puesto que jóven, estoy viendo el propio retrato de su merced el Sr. D. Alonso de Carrillo y Fuentecenada, mi deudo y pariente.

Sorprendidos quedaron los galanes oyendo á Milano, que de tan extraño modo les saludaba, como que estaban bien ajenos de que fuese *donillero* (3), pero reponiéndose de su sorpresa, respondió el mozo:

—Hidalgo (y áun esto le pareció mucho, pues de caballero maldita la traza que tenia), vuestra merced ha trocado las señas: burgaleses somos, declárolo tal vez nuestro porte, pero nada tenemos que ver con el caballero á que hais mentado, ni hemos oidole nombrar en Búrgos en nuestra vida.

Harto lo sabia Milano, pues todo aquello no era sino una treta para irlos *engarrochando* (4), y se preparaba á enfilarla por otro lado, cuando el caballero le sacó del atasco diciendo:

—Yo soy D. Alvaro de Contreras, y éste D. Lope Maldonado, mi amigo y paisano.

—¡Oh, Sr. D. Alvaro! exclamó el pícaro dando una gran voz; ¡cómo yo no he conocido á su merced, siendo tan grande amigo de su padre!

Y diciendo y haciendo se abrazó estrechamente con el que manifestó llamarse D. Alvaro. Despues de mil lugares comunes, en que con su sagacidad evitó meterse por donde le pudieran coger en falso, añadió

—Vuestras mercedes, señores mios, desearán ver la córte y sus maravillas, que las tiene extremadas, como residencia del mayor monarca del mundo, D. Felipe el Grande (Dios le guarde), y trabar conocimiento con gentes de su clase y calidad, cosas que yo podré proporcionarles desde luégo.

—Nos haceis mucha merced, y por ello os besamos las manos, repuso D. Lope, mancebo no ménos gallardo que su camarada, y poco más entrado en años, que no pasaria de los veinticinco.

—Ciertamente no merece nada el ofrecimiento, y yo recibo la merced sirviendo á tan principales caballeros; de suerte que, si gustais, podrémos llegar á la inmediata *casa de conversacion*, á donde hemos de hallar tan honrada compañía como podamos apetecerla.

Admirábanse los jóvenes de lo servicial que estaba el bueno de Milano, pero nuevos en la córte, creyeron que en ella, como nata y flor de toda cortesía, debia usarse de aquel modo con los forasteros, y bendecian su buena estrella, que les habia llevado á topar con tan cortés hidalgo.

Aceptaron de buena gana la oferta, como cosa que tan bien les estaba, y Milano les condujo al garito del mulato.

Por el camino fué contándoles maravillas de aquella honrada casa, á la que dijo solian ir los principales caballeros de la córte, que amparaban al mulato con su valimiento, porque así les proporcionaba honesto recreo y agradable pasatiempo, motivo por el que ni *grullos* ni *ajorcadores* (5) tuvieron que ver nunca con Campuzano.

En estas y en otras llegaron á la consabida *leonera* (6), donde apénas estuvieron los caballeros entre ciertos y rufianes, se hizo Milano el perdidizo, y no de su dinero, sino de su persona, porque conocia que habia cumplido á fuer de doble, y sabia ademas que en buenas manos estaba el pandero y no se quedaria sin tañer.

Anduvieron algun rato D. Alvaro y D. Lope como gente que pisa tierra forastera y á nadie conoce, si bien ellos pronto fueron conocidos por blancos y señalados como buena presa.

No tardaron mucho en aproximarse á ellos dos hombres, con sendos ferreruelos largos y sombreros más que de marca, cuya falda se tendia sobre el rostro, que de su mala catadura daba fe, atestiguando ademas, por si no era bastante, el mirar á lo zaino y atravesado del uno, y un chirlo que al otro le señalaba el rostro de alto á bajo.

Entónces el de la torva vista dijo con una voz que tenia tan ronca como atravesados los ojos:

—Si vuestras mercedes gustan de ocuparse en una honesta recreacion, D. César, mi compañero, y yo los haremos la razon de buena gana.

—Nos haceis mucha merced, contestó D. Alvaro.

—Pues si os parece, podrémos pasar el rato jugando unas *quínolas* (7). ¡Hola, D. César! dijo dirigiéndose al de la cuchillada, que entónces se hacia el distraido, ¿quereis jugar unas quínolas?

—Aun cuando ya sabeis, D. Jerónimo, que no soy profeso en los naipes, y ántes me causan desazon y aborrecimiento, porque no se diga que desatiendo á tan cabal amigo como vos, y sobre todo por honrarme con la compañía de estos dos gentiles hombres que con vos están, acepto vuestro envite.

Diéronle gracias por su cortesía los dos nuevos, que creyeron artículo de fe la repugnancia al juego del acuchillado, y bien pronto maese Campuzano, que habia estado atento al engaño, puso una mesa y trajo barajas nuevas, que aunque parecian tales, estaban conocidas en pecado y señaladas del *humillo* y del *raspadillo* (8), con que se podia dar *astillazo* (9) al más *necio* (10), cuanto mejor á sencillos como nuestros burgaleses.

Sentáronse, pues, y áun cuando D. César ofreció la baraja á los forasteros y les propuso echar suertes para mano, ellos, de puro comedidos, no quisieron aceptar y le obligaron á dar naipes.

En cuanto D. César tomó en sus pecadoras manos á *naselucas* (11) y empezó á *barahar*, como él decia, comenzó á portarse como quien era graduado en *valenciana* (12), preparando los naipes á su sabor.

Los de la cofradía, que presto conocieron que allí se trataba de *lepar* (13) á dos sencillos, hicieron corro en torno de la mesa, con ánimo de ayudar en lo que pudiesen á D. César y D. Jerónimo.

Campuzano colocó *punteros* (14) en el portal, que atisbasen si venia la gura, y los *apuntadores* (15) se situaron detras de los caballeros á fin de hacer *guiñon* (16) á los dos ciertos de las suertes de aquellos.

—¿A cuántas quínolas gustan vuesas mercedes que echemos la partida? preguntó D. César.

—A cuantas querais, respondió D. Alvaro, que pues el objeto es pasar el tiempo, harémos lo que mejor os parezca.

—Soy de la opinion de mi amigo, añadió D. Lope, y no hemos de disputar por eso.

—Pues vaya á cuatro, repuso D. Jerónimo, que como se proponia chupar á los nuevos, queria no tardarse mucho en tan buena obra.

—Pues sea, dijeron los dos mancebos á una.

Principiaron su juego, y como querian cebar á los incautos, en las primeras manos les dejaron *tamer* (17) algunos *germos* (18), quejándose al propio tiempo de su negra fortuna.

—¡No os lo decia yo, D. César! exclamaba el fullero; por algo tengo aversion á los *bueyes* (19), y áun por eso, como no me conocen, están hoscos conmigo.

—Huélgome de que perdamos, respondió D. César, porque la ganancia sea de nuestros nuevos amigos.

—Nos haceis demasiada merced, replicó D. Alvaro, y yo desearia poder mandar á la fortuna que os fuese propicia.

Ya que los nuevos estuvieron cebados, resolvieron los otros empezar el desuello de las bolsas, y como dobles empezaren á doblar por su muerte.

Llevaban ya várias partidas en que los caballeros tenian hechas de corrida tres quínolas y á veces las cuatro, sin que los otros hubieran tomado ninguna para sí, pero de pronto cambió la suerte.

Echó D. César dos *pasantes* (20), una de su mano y otra del otro, y como seda sacó las cuatro quínolas.

Tocóle dar naipes á D. Jerónimo y sacó la misma flor, y esto se repitió muchas veces.

Comenzaron los jóvenes á calentarse de cascos y sentidos, no sólo de perder la ganancia, sino lo que llevaban, deseosos del desquite, empezaron á echar dobles, que era echar leña en el fuego de la codicia de los fulleros; así que á las pocas manos y con aquellas chanzas les chuparon todo el oro y plata que consigo llevaban.

—¡Voto á tantos! Sr. D. Alvaro, que la suerte se ha cansado de ser propicia á Búrgos y se nos ha pasado á la córte.

—Yo sintiera, repuso el aludido, que os hubiera dejado mala memoria nuestra, ya que tanto nos habeis honrado.

—Más siento yo el suceso, añadió D. César, y si gustais mudarémos el juego.

—Pedirémos dados, prosiguió D. Jerónimo, ú os daremos el desquite al parar, á los cientos ó á lo que querais.

Ya á esto Campuzano habia sacado á *Juan Tarafe* (21) y podria jurarse que aunque parecian tres dados, estaban *cargados* (22) y preñados de otro más, que saldria cuando fuese conveniente.

—Como nos hemos quedado sin blanca de lo que traiamos, jugarémos si gustais esta cadena.

Diciendo esto D. Alvaro quitó de su cuello una de gruesos eslabones de oro, que los fulleros se propusieron hacer pronto suya.

—Aceptado, dijo D. Jerónimo, pero sólo por ver si lograis el desquite, pues sentiria que os privaseis de tan preciosa joya.

—Yo creo que debemos jugarla al parar, dijo don Alvaro.

—Jugnémosla, repusieron los rufianes, y venga de nuevo el *libro real*, impreso *con licencia de Su Majestad* (23).

Y empezaron luégo con dicho juego del *parar*, *carteta ó andaboba*, que con todos estos nombres se le designaba (24).

Tasaron los mirones la cadena en quinientos escudos, que fué hacer de ella harto escaso aprecio, bien que conocian que de todos modos habia de parar en las excomulgadas manos de sus camaradas de flor.

Mirábanles con cierta codicia por la buena presa que la suerte les habia deparado, y estafador habia dispuesto á soltar la *desosada* (25) y á *cantar* (26) las habilidades de ambos fulleros y los *encuentros* (27) que habian juntado, si no les daban el diezmo, segun era fuero y costumbre establecida en la *birlesca* (28).

(1) *La sota*, *la cerraguilla ó cerraqueta y el calmillo* eran diferentes especies de fullerías de los juegos de naipes.

(2) *Gerifalte*, en germanía, ladron: en su sentido recto especie de ave de rapiña.

(3) *Donillero*, el que con halagos y buenas palabras seducia á los incautos para jugar.

(4) *Engarrochando*, atrayendo, engañando.

(5) *Grullos y ajorcadores*, alguaciles y corchetes.

(6) *Leonera*, otro de los nombres de las casas de juego.

(7) *Quínolas*, juegos de naipes, cuya suerte principal, que se llama quínola asimismo, consiste en hacer cuatro cartas, cada una de su palo, siendo la partida á cierto número convencional de quínolas.

(8) *El humillo y el raspadillo*, señales que con disimulo se hacian en los naipes, tiznándoles y arañándoles ligeramente, pero lo bastante á ser percibida la treta por el tacto y vista ejercitados de los fulleros. Así Rinconete se jacta delante de Monipodio de tener *buena vista para el humillo*.

(9) *Astillazo*, un género de fullería de los naipes.

(10) *Greña* es una trasposicion de letras de la palabra *negra*, que, como he dicho, designaba al fullero, y se usaba tambien de este modo.

(11) *Naselucas*, la baraja.

(12) *Valenciana*, el arte de fullería.

(13) *Lepar*, trasposicion de *pelar*, como la anteriormente dicha de *greña*.

(14) *Punteros*, vigías ó centinelas.

(15) *Apuntadores*, truhanes que se ponian de modo que viendo las cartas al jugador, las decian por señas al fullero.

(16) *Guiñon*, seña.

(17) *Tamer*, treta que consistia en lo que dicho queda, ó sea en hacer del perdidoso para excitar la codicia del ganancioso.

(18) *Germos* llamaban á las monedas, en especial á los escudos de once reales.

(19) *Bueyes*, los naipes. Véase el entremes de Cervántes titulado *La cárcel de Sevilla*.

(20) *Pasantes*, cierto lance de las quínolas en que el jugador que gana dos tantos se lleva lo que se juega.

(21) *Juan Tarafe*, así llamaban los dados en Germanía.

(22) *Cargados*. Ademas de los tres dados con que se jugaba, los fulleros tenian escondido otro, que sacaban escamoteando uno de los del juego, y aquel era el *cargado* ó relleno, de modo que saliese por el punto ó canto más alto.

(23) *Libro real*, los naipes, y se les llamaba así porque entónces estaban estancados y no podian estamparse ni venderse sin real licencia para ello.

(24) *Andaboba*, véase *Rinconete y Cortadillo*.

(25) *La desosada*, la lengua.

(26) *Cantar*, declarar.

(27) *Encuentros*, reunion de dos cartas iguales, como dos ases, dos reyes, etc.

(28) *Birlesca*, reunion ó junta de rufianes.

No se les habia escapado á nuestros rufianes, y aunque en un principio tenian determinado no dar ayuda de costas á los otros, porque se tenian por la nata y flor de los jaques del *hampa* (1), no obstante, cuando vieron entrar en el garito á cierto jaque de bigotes luengos y alzados, sombrero de mucha falda, y *bolsico* (2) más que de marca, que luégo se acercó al corro, mudaron de determinacion.

Era el nuevo un hombronazo como un Goliat, conocido en toda la germanesca por el Gafo, á causa de haberle quedado la mano izquierda lisiada cabalgando en el *potro* (3), pero que, á pesar de todo, pasaba por el más desalmado *engibador* (4) que sustentaba la tierra.

Pronto se determinó á sacar gaje de aquellas muertes, y diólo á entender á los fulleros con ciertas frases en defensa de los caballeros.

Don Jerónimo, que vió al Gafo dispuesto á *descornarles la flor* (5), resolvió darse á partido con el *enrechon* (6), y levantándose con achaque de cierta urgencia, llamóle aparte y le dijo:

—Su merced, Sr. Anton Gorjales (que éste era el nombre del Gafo), me haga la de aceptar estos ducados, que dias hace tengo determinado de darle, á buena cuenta, de un legado pio de cierta testamentaria, de que soy fideicomisario, y vea en qué más puedo servirle.

—Acepto, respondió el Gafo, no más que por descargarle la conciencia, y porque no se le aparezca el difunto, para que cumpla con su ánima, y por hoy vea qué cosa me manda, pues debo acudir á ciertos amigos que me aguardan para un negocio de monta.

Con esto conjuró D. Jerónimo la tormenta y volvióse á su fideicomiso, que no era otro que el que tomaban por la muerte de las bolsas de los burgaleses, y Gorjales se fué al negocio de sus amigos, que no seria ménos que *desmotar* (7) á alguno en las lóbregas callejas de la córte.

En fin, creo excusado decir que, á pocas manos que hizo D. César, que era quien tenia los naipes, la cadena fué pasando de unos en otros escudos á poder de nuevo dueño, y esto con enojo mal reprimido de los caballeros, que lo atribuian á mal influjo de las estrellas, por ser aquel dia mártes, como si D. César jugase en domingo, no conociendo que estribaba todo en la habilidad que de los dedos á la muñeca tenia el fullero.

Por otra parte, como éste los compadecia con tan buenas palabras y seguia *dándoles lonadas* (8) de cuando en cuando, lo bastante para que no se levantasen, no sospechaban la *chanza* (9).

Al cabo de media hora los caballeros habian quedado sin blanca y sin cadena, y aunque D. Alvaro de buena gana hubiese jugado sobre otras prendas ó sobre su palabra, disnadióle su amigo D. Lope, que guardaba más serenidad.

Levantáronse, pues, mohinos, y aunque los niremes y rufianes de buena gana les hubiesen dado *vaya* (10) sobre el caso, no se atrevieron, porque conocian que ni el humor ni los bríos de aquellos mancebos lo hubieran consentido.

Solo el *coime* (11), que era un grandísimo bellaco, se acercó á ellos, y les dijo:

—Yo siento que vuestras mercedes no hayan salido con la ganancia, y á fe que debió ser influjo de algun astro, pues jugaron con los dos tahures más limpios y llanos que pisan esta honrada casa.

—Ello será otro dia, añadió Milano, que habia aparecido por allí al olor de los gajes, que no siempre el alcacér está para zampoñas, y sólo siento haber traido á dos tan honrados caballeros adonde perdiesen su dinero, que en mi ánima, si yo lo hubiese sospechado, no les hiciera tan mal agasajo.

—Vuestras mercedes traigan dinero y vengan otro dia, que por mi honra, añadió el mulato, y la tenia más negra que su cara, tomarán el desquite con poco que la suerte les ayude en ello.

Con estas razones salieron los mozos, yéndose á su posada, donde, por lo que contaron á su huésped, vino éste en conocimiento de que los habian desplumado en el mandracho de Campuzano, aduana donde todo novicio pagaba el aprendizaje.

Sentidos quedaron los caballeros de la burla cuando la descubrieron, y aunque en un principio D. Alvaro, como más arrebatado, quiso volver otro dia á meterlo todo á barato, disuadiéronle de ello D. Lope y el huésped, haciéndole ver que la culpa era suya, por dejarse llevar de tan rematada aficion como la del juego.

Si esta leccion les sirvió de escarmiento, no he podido averiguarlo, pero puedo asegurar que cuando dieron la vuelta á Búrgos, tuvieron que contar largamente de la buena compañía del tablaje de Campuzano.

En cuanto á los fulleros, celebraron con grandes risas la buena treta que habian hecho, y despues de dar su *paila* (12) al mulato se fueron con sus dobles y rufianes á la *ermita* (13) de la Pardilla *á mascar de lo pio* (14) en union de sus *mozas, mondiles* y *traineles* (15).

Tal era, poco más ó ménos, un garito de entónces, en donde estaban en uso no sólo los juegos dichos, sino otros, como *el reatoy, el reparolo, la polla, los chatos, siete y llevar, los pintos* y otros, que siempre el vicio es inventor fecundo de alicientes para coger incautos.

Las flores eran muchas, y no pocos los que se juntaban para llevarlas á efecto.

Ademas de los fulleros que llevo descritos, habia otros de menor empuje, que sólo se atrevian á sacar sus tretas en horas determinadas y con aquellos blancos de condicion más blanda.

A este linaje de fulleros pertenecian los llamados *modorros*, y eran los que acostumbraban á permanecer en el garito de media noche abajo, cuando habia concluido lo más recio de las partidas.

Denominábanles así, porque solian quedarse por los bancos dormidos, ó fingiendo que lo estaban, y en viendo la suya, sacaban los naipes, y como por broma, echaban alguna mano, en que si bien sólo prácticos en el *floco rillano*, ó de poca monta, no dejaban de dar mucrte á más de un tonto, víctima del *espejo de Claramonte* (16).

Alguna vez solia acontecer que tropezase el *mauflon* (17) con otro más diestro y que le hiciese *recesa* (18), cosa que era de gran deshonra entre ellos.

Para fin y remate de este asunto trascribiré aquí la explicacion que de los naipes hace un escritor de aquellos tiempos (19).

«Su significacion, dice, es clara; no será entenderla difícil. Las espadas, revueltas con aquellos ídolos, dan á entender que aquellos ídolos darán ocasion de sacar las espadas.

»Las copas, con una hila colorada por encima, dicen que los que adoran aquellos ídolos estarán siempre con la sed de la sangre de su prójimo.

»La sangre es alimento de la vida; á la vida la alimenta el dinero: debe ser su sangre.

»Aquellos oros, ó monedas fingidas de oro, declaran que lo mismo que con ellos se podrá hacer con el dinero que dan aquellos ídolos.

»Por aquellas monedas pintadas no habrá quien dé cosa alguna.

»Con el dinero ganado á los naipes jamas se compra cosa que aproveche.

»Los maderos, en forma de mazas, amenazan golpes no pequeños, porque con una maza no se da golpe que no sea muy grande.»

Y esto dicho, doy término á mi tarea, pues aunque vendria como anillo al dedo encajar yo aquí media docena de sentencias contra el juego, téngolo por excusado, en cuanto pienso que seria como ladrar á la luna, despues que tantos y tan graves varones han reprendido este vicio, y cuando siendo el tormento incesante de sus aficionados, le buscan y apetecen como inefable bienestar.

Quédese en buen hora cada loco con su tema, y si vemos que despues de tantos tiempos andados el mundo peor está que estaba, digamos con resignacion:

¡Paciencia y barajar!

JULIO MONREAL.

(1) *Hampa* era el conjunto de toda esta gente pícara y rufianesca, y á su manera de vivir se llamaba tambien la *vida del hampa*.
(2) *Bolsico*, espada.
(3) *Cabalgando en el potro*, dándole tormento.
(4) *Engibador*, rufian.
(5) *Descornar la flor*, significaba descubrir la trampa.
(6) *Enrechon*, llamaban los fulleros al de su propio oficio, cuando queria sacar barato del mismo juego que ellos.
(7) *Desmotar*, robar violentamente.
(8) *Dar lonadas*, dejarse ganar de intento, para engolosinar al contrario.
(9) *Chanza*, astucia, maña.
(10) *Dar vaya*, decian á burlarse de uno con palabras y chanzonetas.
(11) *Coime*, el garitero.
(12) *Paila*, el derecho á tanto que cobraba el garitero.
(13) *Ermita*, la taberna.
(14) *Mascar de lo pio*, beber vino.
(15) *Mozas, mondiles y traineles*, sus mancebas, los criados de ellas y de los pícaros.
(16) *El espejo de Claramonte*, llamaban á la treta de colocar de modo al contrario que le viesen las cartas á trasluz.
(17) *Mauflon*, nombre que se daba á los pícaros, por lo que tienen de comun con el gato, en cuanto á llevar lo ajeno.
(18) *Dar recesa*, era ganar con fullerías á otro fullero.
(19) Don Juan de Zabaleta, en su *Dia de fiesta por la mañana*.

«LA CREACION», ORATORIO DE HAYDN.

> Presque aussi ignorant dans ces matières délicates que ceux qui se donnent la mission de l'eclairer, le public, tout entier á la sensation présente, traite la musique comme il traite les femmes: plus elles sont jeunes et plus elles lui plaisent.—(P. Scudo, *Critique et Litterature musicales.*)

Quien haya leido la *Crónica musical*, firmada por el Sr. Peña y Goñi y publicada en el ex-radical periódico *El Imparcial*, no podrá ménos de haber sentido profunda pena, al ver juzgada una obra tan eminentísima como el *Oratorio de Haydn* con tan ligeros juicios, con estilo tan poco adecuado y con tal carencia de razones, que cualquiera creeria que se trataba de reseñar una exposicion de perros y monos salidos más bien que de criticar al padre de la sinfonía en la más querida de sus producciones. El Sr. Peña, que há tiempo se halla encargado de las críticas musicales sérias y razonadas que leemos en los periódicos de esta córte (LA ILUSTRACION, *El Imparcial*) y que ha sabido hasta ahora ejercer tan difícil cargo con la misma brillantez que ejerce el de hábil pianista y el de modesto compositor, sentirá algun dia profundos remordimientos, y considerará como uno de sus empañados timbres de gloria en su carrera artística el número 2102 de *El Imparcial*.

El corazon se oprime como á la entrada de la mansion de eterno dolor, donde Dante leyó esta memorable inscripcion:

Per me si va nella cita dolente.
Per me si va nell' eterno dolor.

Al considerar que puede echarse mano de tal sistema de crítica, y si pudiera oir las opiniones que sobre *La Creacion* formulan las personas que aguardan la opinion de un maestro para tener ellas opinion, á consecuencia de su crónica del 26 de Marzo, se convenceria seguramente, que por tal camino *si va nell'eterno dolor*. ¿Y qué ménos podria resultar de una crítica musical basada en tales razones? ¡Calderos de natillas que empapuzan; contrabajos andaluces que dicen que pasó ya tal música (sin duda porque es casi la más moderna de las obras de Haydn); maestros que sólo tienen que alabar las flautitas y desean que se archive *La Creacion*; Pericos M. que prefieren «*el amarillo sí, amarillo nó*»; Onésimos que roncan; Celedonios á quienes dan camelo (palabrillas que se apartan un poco de las usadas en la *high life* que frecuenta el Sr. Peña). ¡La música de *La Creacion*, calificada de cisco por unos habituados al Paraiso, y por último, el Sr. Peña conforme con la opinion del maestro! ¿Qué resultados puede dar este género de censura, qué juzgarán de un público retratado en tales tipos, qué educacion musical es la nuestra, qué maestros tenemos, qué contrabajos hay en la gran orquesta? Esta no es, no puede ser la mision del crítico, el cual no debe olvidar nunca que su opinion y su autoridad influyen muchísimo sobre los sentidos del público. Dice Balmes en su *Filosofía fundamental*: «Varias veces he pensado que no seria tan unánime el fallo favorable á una orquesta si no se supiese de antemano que la música es muy buena, ó desde un principio no lo dijesen los inteligentes ó los tenidos por tales. Al concluir todos están encantados, y aunque no pocos representan una verdadera comedia manifestando lo que no sienten, tambien hay otros que con la mejor buena fe del mundo creen haber percibido la melodía, siquiera tengan un tímpano más duro que el parche de un tambor», y en este, como en la mayor parte de los juicios de Balmes se ve una gran verdad, aunque una verdad amarga. Lo mismo favorable que adversa en materia de artes, la opinion la hacen los maestros, los críticos, los inteligentes, y es bien general oir como suprema razon, «lo ha dicho Fulano, que es un profesor ó casi un profesor.» Nunca usará de bastante prudencia un crítico cuando trate de censurar una obra artística; y si para ello emplea las armas del ridículo, armas de dos filos, que casi siempre matan tanto al que las maneja como á su adversario, entónces la prudencia más extremada, el tacto más exquisito, suelen no ser suficientes para conseguir los altos fines de la crítica.

No entraremos á defender científicamente las innumerables bellezas de *La Creacion*; no es ése hoy nuestro objeto, y por otra parte, á ninguna obra con más razon que á ésta debemos aplicar la frase del anti-esclavista, «no nos deshonremos defendiendo la esclavitud», no nos deshonremos defendiendo la primera de las obras capitales en que la imitacion de los fenómenos materiales por la música se desarrolla en proporciones de grandiosidad desconocidas hasta entónces; pero si haremos alguna observacion sobre la manera y modo con que se ha ejecutado la citada obra, y terminaremos poniendo enfrente de la crítica musical del Sr. Peña las opiniones del mismo Haydn, de Scudo, de Félix Clement y del público de Viena.

La Creacion se ha oido en malas condiciones y ante un público acostumbrado á emociones más fuertes, á efectos escénicos de decorado y trajes, cuya falta absoluta en dicha obra ha influido poderosamente en las primeras impresiones; ademas, se ha notado falta de ensayos en los coros y en las partes principales. Si *La Creacion* se hubiera oido en el salon del Conservatorio por un público como el que asiste á los cuartetos y con una

MADRID.—Bendicion de las palmas en la iglesia parroquial de San Luis.

masa coral más numerosa, ménos trabajada y más ensayada que la del teatro de la Opera, el éxito estamos bien seguros de que hubiera sido distinto; pero no ha sido así, y el público *en general* ha tenido razon para no estar satisfecho, mas no el Sr. Peña y otros que en su caso se encuentran, pues con la partitura en la mano no necesitan oir coros aburridos y partes principales mal aprendidas (no nos referimos á la Sra. Sass, que ha interpretado á conciencia toda su parte), sino que todo se oye como debe ser, y haciéndolo así es cuando puede y debe decirse si *La Creacion*, cantada como debe cantarse, y tocada como se tocó, es ó no una obra de inmenso valor, en la que se observa el origen de gran número de frases melódicas del *Don Juan*, de Mozart, y en la que las maravillas de instrumentacion se suceden sin cesar. Inútil seria buscar en ella los efectos de la poderosa imaginacion de Beethoven ni la rica instrumentacion de Meyerbeer, pero sí se encontrarán, como en todas las obras del padre de la sinfonía, una abundancia de ideas melódicas, una claridad en el plan y una pureza tan sin igual en el estilo, que ni ántes ni ahora ha sido sobrepujada por nadie.

Pasemos ahora á trascribir el juicio de Haydn sobre *La Creacion*, antepoiendo las primeras líneas, en que al referirlo el notable crítico musical P. Scudo, da cuenta del éxito de *Las Estaciones*, obra hecha á los 69 años y en la cual se encuentran, á juicio del citado crítico, tantas maravillas como notas. Dice así: «El acontecimiento musical del año ha sido la ejecucion de *Las Estaciones*, de Haydn, en el 6.° concierto, que tuvo lugar el 22 de Marzo. Era la primera vez que se oia en París esta obra de un músico admirable, que, como el Dios del Génesis, ha sacado el mundo musical casi de la nada. En 1801 compuso el maestro este bello idilio, cuyas palabras son del Dr. Van-Swieten, autor del poema *La Creacion*. Haydn tenia entónces 69 años, pues que nació el 31 de Marzo de 1732. «Asistia á la primera ejecucion de este oratorio en casa del Príncipe Schwarzenberg (dice Carpani). Yo mismo, maravillado de ver salir de la misma cabeza dos producciones tan diferentes, *tan ricas, tan perfectas*, corrí, en cuanto acabó el concierto, hácia Haydn para felicitarle. Apenas habia abierto la boca, cuando Haydn me detuvo diciendo estas memorables palabras: *Me alegro de que mi música sea agradable al público; pero respecto á esta composicion no quiero recibir felicitaciones vuestras. Estoy bien seguro que vos mismo comprendeis que está léjos de valer lo que* La Creacion; *así lo creo, y vos debeis creer lo mismo. He aquí la razon: en* La Creacion *los personajes son ángeles; en* Las Cuatro Estaciones *son labradores.*»

Vean nuestros lectores el juicio que emite Félix Clement en su precioso libro *Les Musiciens célèbres*, sobre las obras escritas por Haydn á partir de la época en que pidió su retiro á su protector el Príncipe Esterhazy, y se refugió en la casita con jardin que compró en Viena (faubourg Gumperdof):

«El maestro de capilla de la familia Esterhazy no existia ya; pero el compositor, á pesar de sus 63 años, existia más colosal que nunca. En esta edad avanzada escribió sus dos obras principales; es decir: *La Creacion* y *Las Estaciones*, obras inmortales. El baron Van Swieten, Director de la Biblioteca Imperial, era amigo de Haydn; él le persuadió que se ejercitára en el género descriptivo, y le suministró el poema de un oratorio ó cantata, cuyo asunto era *La Creacion del mundo*. El maestro empezó su trabajo en 1795. Esta produccion, de un carácter nuevo, le costó *dos años de trabajo*. Decia que tardaba mucho tiempo, porque queria hacerla duradera. *La Creacion* se terminó á principios del año 1798 y fué ejecutada por primera vez en el palacio del Príncipe Schwartzenberg, en presencia de todo lo más distinguido de la alta sociedad de Viena. El autor dirigia en persona la orquesta, compuesta de los mejores músicos. El éxito fué inmenso y se reprodujo por todas partes donde se oyó la obra.»

¡Se explica esta diferencia tan colosal de éxitos!! ¿Es posible que al cabo de 75 años se diga, no por un público más ó ménos educado musicalmente, sino por un contrabajo de la Opera (que, como todos los profesores de aquella orquesta, es de seguro un artista eminente), que *La Creacion* es, NI MÁS NI MÉNOS, como el que come un caldero de natillas, que se empapuza, se empapuza, acaba por renegar de ellas y se marcha aburrido?

Veamos cómo sigue refiriendo Clement el momento en que, abrumado por la edad y las enfermedades, llegó el público de Viena á sacar al viejo Haydn de su retiro para concederle un supremo triunfo:

«Se ejecutó ante sus ojos *La Creacion* en casa del Príncipe Lobkowitz con el concurso de ciento sesenta músicos. La sala contenia unas quinientas personas, todas escogidas entre las notabilidades de la política, de las artes y de la belleza. La emocion fué grande cuando se vió aparecer al viejo sinfonista llevado en un sillon. Tan pronto como sonaron las fanfarrias, la princesa Esterhazy y Madama Kurbeck volaron á recibir á su venerable amigo. Salieri, que iba á dirigir la orquesta, fué á estrechar con enternecimiento la mano del maestro, el cual le abrazó. En fin, los primeros compases se oyen, y el auditorio rinde homenaje al compositor por el profundo respeto con que escucha su obra maestra. Un rasgo conmovedor debe referirse en la descripcion de esta solemnidad memorable. El médico Capellini, hombre de mérito, colocado al lado de Haydn, observó que las piernas del artista no estaban bastante abrigadas. Apénas lo hubo indicado, cuando los más preciosos chales, las más ricas cachemiras vinieron á rodear y calentar los piés del anciano. Jamas el cariño y la veneracion se tradujeron en prevenciones más delicadas y atenciones más halagüeñas. Este dia era la coronacion gloriosa de los trabajos de una vida entera. Demasiado débil para resistir tantas emociones, el autor de *La Creacion* sintió sus fuerzas desfallecer. Le levantan en el sillon; en el momento de salir de la sala envia un saludo al público, y dirigiéndose á la orquesta le-

INGLATERRA.—Monumento en la catedral de Glocester.

PALESTINA.—Nuevo hospital para peregrinos pobres, en el camino de Jerusalen á Belen, fundado por el Conde de Caboya Cerva.

vanta las manos, y con los ojos llenos de lágrimas parece implorar las bendiciones del cielo sobre los intérpretes de su obra predilecta.»

¿Qué diremos despues de esta conmovedora narracion? Sólo señalar que desapareció aquel genio de la tierra el dia 31 de Mayo de 1809, á la edad de 77 años y dos meses, y que en sus últimos dias se acercaba constantemente al piano y entonaba el himno nacional *Gott, erhalte Franz den Kaiser*, que es el tema del adagio del tercer cuarteto (obra 76). Prodigiosa obra desde el principio hasta el fin, verdadera maravilla del arte, y cuyo solo recuerdo hace imposible que se reproduzcan críticas como las que criticamos en estos tan mal pergeñados renglones, como buena es la intencion que ha estimulado á su autor

H. DE C.

EL CORONEL SEÑOR IBARRETA.

El coronel de ejército D. Manuel Ibarreta y Ferrer, comandante del cuerpo de Estado Mayor, nació el dia 30 de Diciembre de 1833 en la ciudad de Bayona, donde á la sazon residian sus honrados é ilustres padres: trasladado pocos años despues con su familia á la capital de nuestro antiguo Principado, allí recibió las primeras impresiones de la infancia, y á la vista de aquel magnífico puerto, donde ostentaban frecuentemente la bandera española los barcos de nuestra armada, concibió la idea de servir en la marina de guerra, pero su tierna y cariñosa madre contrarió la vocacion que empezaba á germinar en aquella cabeza infantil, presintiendo las amarguras que arrastraria en pos de sí una carrera que, por brillante que aparezca ante los ojos de la sociedad, encierra siempre la ausencia y la soledad de una vida condenada tristemente á flotar sobre las turbulentas olas de los mares. ¡Ignoraba quizá entónces aquella solícita madre, que en la tierra nacen los abrojos envueltos con las flores, y que el ídolo de su corazon, aquel tierno niño, iba á segar con la guadaña de la muerte sus ilusiones y sus esperanzas, en el campo de batalla!.... Trasladada más tarde la familia de Ibarreta á Madrid, dedicóse éste á concretar, por decirlo así, sus ideas para el porvenir; el cuerpo de Estado Mayor del ejército se ofrecia entónces á los ojos del adolescente como el bello ideal de todas sus aspiraciones, y empezó, por lo tanto, á dedicarse con ardor al árido estudio de las matemáticas y de las demas materias que se exigian en aquella época para ingresar en la Academia especial de dicho cuerpo, cuyo acto pudo al fin realizar en 1.º de Setiembre de 1852.

En aquel centro de instruccion militar fué donde Ibarreta empezó á demostrar las notables condiciones que poseia y que hacian presentir para él á todos sus compañeros un brillante porvenir; aplicado al estudio, celoso en el cumplimiento de su deber, inteligente, modesto en sus pretensiones, cariñoso con los amigos, afectuoso y franco con los condiscípulos, Manuel Ibarreta vió resbalar aquellos años escolares entre las señaladas muestras de distincion de sus profesores y las reiteradas simpatías de sus compañeros. Al ascender á teniente del cuerpo de Estado Mayor, con fecha 15 de Julio de 1857, no era Ibarreta uno de esos oficiales que salen confundidos con las promociones á que pertenecen despues de satisfacer sencillamente los requisitos reglamentarios. Manuel Ibarreta, al obtener el número primero de su promocion, era una verdadera especialidad por sus muchos conocimientos científicos y por su franca y reconocida aptitud para concentrar y difundir todo órden de ideas; Manuel Ibarreta reunia, en fin, las condiciones de un profundo pensador á la atrevida imaginacion de un artista, y por efecto del extraño consorcio de ambas cualidades, resolvia con la misma facilidad un árduo problema, como creaba un bello paisaje ó lavaba con fieles tintas los vagos contornos de una pintoresca acuarela. Ibarreta fué destinado á prestar el servicio peculiar del cuerpo de Estado Mayor en la seccion del Galicia, y al poco tiempo partió á la division de reserva del ejército de Africa, con la cual concurrió á toda la série primera de combates que prepararon más tarde el camino victorioso que habia de seguir aquel sufrido ejército al internarse en territorio extranjero, distinguiéndose muy especialmente en el que tuvo lugar el 12 de Diciembre de 1859, á consecuencia del cual obtuvo como recompensa el grado de comandante. Iniciada al fin la marcha de las fuerzas españolas en direccion de Tetuan, Ibarreta tuvo la gloria de asistir á la sangrienta jornada del 1.º de Enero conocida con el nombre de «batalla de los Castillejos», mereciendo como galardon de su serenidad y arrojo en este dia el empleo correspondiente al grado superior que disfrutaba.

Incansable en el cumplimiento de su deber, continuó cooperando siempre al feliz éxito de aquella gloriosa campaña en los choques ocurridos sobre las orillas del rio Azmir los dias 10 y 12 del mismo mes, logró cubrirse de gloria en las acciones dadas en las cercanías de Tetuan el 23 y el 31, y muy principalmente en esta última, donde recibió un golpe de bala en la rodilla izquierda, sin que fuera posible hacerle retirar del teatro de la accion, ni que faltara siquiera un dia á su puesto para atender á su curacion, ni que aquel desgraciado accidente le sirviera de obstáculo para asistir á las batallas siguientes del 4 al 6 Febrero y 23 de Marzo, que dieron por resultado, la primera la toma de aquella importante plaza, y la segunda el término de la lucha.

La paz brindaba á los veteranos que habian servido en aquel ejército á regresar á la madre patria, pero Ibarreta no alcanzó siquiera esta dicha y continuó en el ejército de ocupacion de Tetuan hasta mediados de Noviembre de 1860 en que por sus circunstancias científicas especiales, fué destinado, primero como profesor de de la escuela de Estado Mayor, y cerca de dos años despues al Depósito de la Guerra.

Se hallaba en 1863 haciendo el estudio y reconocimiento de várias líneas férreas, cuando fué sorprendido con la noticia de su prematuro ascenso á teniente coronel, por haberle correspondido en suerte su destino á las islas Filipinas, é Ibarreta partió para aquel remoto archipiélago el dia 29 de Diciembre de dicho año con la resignacion que le prestaba siempre su verdadero espíritu militar, permaneciendo en aquellas islas hasta que graves motivos de salud hicieron que tuviera que regresar á la Península á principios de 1867, sufriendo notables perjuicios en sus intereses, no sólo á consecuencia de viajes tan largos, frecuentes y dispendiosos, sino tambien por la situacion de excedente que obtuvo con medio sueldo, hasta que volvió á servir en actividad desempeñando várias comisiones importantes. En 1869, siendo jefe de E. M. interino de Castilla la Vieja, contribuyó eficazmente á sofocar la insurreccion carlista ocurrida en la provincia de Leon, por cuyo mérito obtuvo primero el grado de coronel y despues su traslacion al distrito de Castilla la Nueva, donde residió, hasta que á fines de Abril de 1872 fué llamado á formar parte del cuartel general del ejército del Norte á las inmediatas órdenes del Duque de la Torre. Infatigable durante el breve período de esta campaña, en que figuró principalmente como jefe de E. M. de la primera division, de la cual fué comandante en jefe el actual ministro de la Guerra, asistió á los combates ocurridos con los carlistas los dias 10, 11, 14 y 25 de Junio, en virtud de los cuales obtuvo el empleo de coronel; permaneció destinado despues en la Capitanía general de Navarra y Vascongadas, donde desempeñó tambien el cargo de jefe de Estado Mayor por ausencia del propietario. En esta situacion le sorprendió la actual insurreccion carlista, y destinado por real órden de 9 de Enero último por segunda vez al ejército del Norte, ha muerto gloriosamente en la noche del 9 de Marzo al frente de una columna puesta á sus órdenes y bajo las inmediatas del general en jefe D. Ramon Nouvilas, en la sangrienta jornada de Monreal.

Ibarreta ha muerto víctima de su arrojo y su delicadeza, y con su muerte la patria ha perdido uno de sus mejores hijos; el cuerpo de Estado Mayor uno de sus más distinguidos jefes; los compañeros uno de sus amigos predilectos; sus inconsolables hermanos uno de los objetos más queridos del corazon. ¡Desgraciado Ibarreta! en la flor de su vida y cuando el porvenir le brindaba con una posicion social digna de sus merecimientos, ha sucumbido entre las nieblas de la noche, ante el mortífero plomo de un enemigo oculto.

El recuerdo de Manuel Ibarreta permanecerá vivo en todos los que tuvimos la honra de merecer su amistad; su noble ejemplo nos servirá de estímulo para continuar formando parte de la gran familia militar; la escala orgánica del cuerpo de Estado Mayor del ejército le consagrará periódicamente una línea para llorar su malograda existencia, y la historia contemporánea le dedicará una de sus páginas, como justo tributo rendido en holocausto de una víctima más de nuestras luchas civiles.

Madrid, 2 de Abril de 1873.

HERMÓGENES GARCÍA SAMANIEGO.

Á MENDEZ NUÑEZ (1).

No cantaré los triunfos de la guerra,
No su aplauso darán torpes mis manos
Cuando pueblos hermanos
Quieran en lid enrojecer la tierra.
No de mi patria en los sagrados lares
Mi lengua pedirá lauro ó victoria,
Si ha de teñir con sangre sus altares.
Si ha de regar con lágrimas su gloria.
¡No! De la guerra el bárbaro destino,
Con satánico impulso embravecida,
Estorba el peso al bien, y al mal convierte.
Ella tiende en los campos de la vida
El manto de la muerte.
¡Ay del pueblo infeliz, á quien el sino
Le hace partir con lanza ó con metralla
En busca de su hermano, y rojo de ira,
Más que las fieras fiero,
En cruenta batalla,
Con plomo y con acero
Abra á la muerte la sangrienta pira!
¿Qué importa ser, en tan menguada hora,
Vencido ó vencedor? ¡Ay del guerrero!
Su gloria triunfadora,
Sepultada en raudales de amargura,
Es más que gloria, inmensa desventura.

Las águilas reales,
En bandada siniestra, recorrieron
Entero el mundo, y por do quier abrieron
Con sus garras las urnas sepulcrales.
Mirad á las de Roma:
Su vuelo extienden con altivo imperio,
Y el pueblo rey al universo doma.
De uno al otro hemisferio
Cunde la guerra, el globo se quebranta,
No hay puñado de tierra
Que el romano no huelle con su planta;
Vuelve el César con vítores y bravos,
Trayendo al pueblo rey oro y esclavos.
¿Y qué? De su poder altivo y fuerte
¿Qué ha dejado la muerte?
Algun templo en solar, rota cisterna,
Columnata vetusta,
Y esa Roma moderna,
Sombra tan sólo de la Roma augusta.
Mirad las de Austerlitz, las victoriosas
En Jena y en Marengo, las mañosas
Ante el leon de España, las más fieras,
Las águilas guerreras
Que al mundo absorto le impusieron leyes,
Mudando tronos y forjando reyes.
¿Qué fué de tan inmenso poderío?
¿Qué guarda el mundo al vencedor de Jena?
Un recuerdo sombrío
Y una tumba olvidada en Santa Elena.
¡Escuchad á Polonia! ¡Hondo gemido,
Exhalado á los aires,
En inmensos dolores confundido!
¡Poema del dolor, pena infinita!
¡La patria y el hogar!... ¡Desastre horrible!
—Aguila del Danubio, hija maldita
Del tigre de Moscou, de ese altanero
Dios de la tiranía: ¿quién se atreve
Tu triunfo á celebrar? Hiere, maltrata
A Polonia infeliz, haz inhumano,
Que su rio de sangre en tiempo breve
Crezca, cual del averno catarata,
Sobre la frente vil de ese tirano.
Ved la orilla del Rhin, mirad el Sena,
Sus aguas cristalinas,
Antes espejo de campiña amena,
Copian sólo desastres y ruinas.
Sus corrientes con sangre se mancharon,
Porque allá en los espacios de la guerra
Ofendidas las águilas lucharon.
¡Aguilas siempre! Mas ¿por qué, en la tierra,
Del ave que es más libre, la que sube
Al trono de la nube,
Mide el estenso azul, despierta al dia,
Flota en el huracan, al sol provoca,
Y libre anida en la escarpada roca,
Su símbolo tomó la tiranía?
—Alegóricas águilas caudales
Que aun figuradas infundís espanto
En los viejos pendones imperiales:
Forma y vida tomad, alzad el canto
De libertad sagrada, á las esferas
Arrastrad ese solio, y que por siempre
Sucumba en vuestras garras carniceras.

¡Vén, sombra ilustre! Del fragor horrendo
De aquel duro combate en que las olas,
Empujadas por tí, roncas rugiendo,
Llevaban de las huestes españolas
El bélico furor, y se agolpaban,
Y al roto baluarte
Los quebrados peñascos arrancaban:
Cuando el cañon tronando
Lanzaba roja entraña
Desde el ferrado buque á la alta almena,
Donde en honra de España
El injusto baldon tiene y refrena:
De aquel rudo luchar, de aquel rüido
Que al Pacífico mar rasó la calma,
Guardo el eco escondido,
Guardo yo el eco donde
Lo más secreto el corazon esconde:
Que si la ofensa audaz hirió en el alma,
Quizás la culpa..... Pero, lengua impía,
Detente, que es tu patria, sella el labio;
Ante el injusto alarde,
La altiva patria mia
Jamas sufrió cobarde,
De extraños, ni aun de propios, el agravio.

(1) Esta oda ha sido escrita por encargo del Liceo de Albacete para una funcion patriótica.

—Hoy, pueblo redimido,
Que á esas y otras regiones
Brindas de paz y libertad los dones,
Da al pasado rencor perdon y olvido.
De tu enemigo, al fin, sobre la ola
Cayó como de ti sangre española.

¡Invicto Mendez Nuñez! De ese ambiente
Cuajado de humo y llama
Quiero sacar enhiesta tu figura.
No tu valor te pedirá la fama
Para ceñir laureles á tu frente,
Y con mirto adornar tu sepultura.
No es la guerra tu prenda inmaculada;
Tu victoria es más grande: te pregona
La fama entre los héroes, más preciada
De que en el cielo con el bien te escudes,
Dice que ha sido tu mejor corona
La corona inmortal de tus virtudes.
¿Quién no tuvo ambicion? ¿Cuántos llegaron
Al templo augusto de la altiva diosa
Abrumados de insignias, que alcanzaron
De amistad dadivosa,
O que las régias manos soberanas
Cambiaron por lisonjas cortesanas?
¡Insigne Mendez Nuñez! Los honores
Del mundo rechazaste: altivo y fiero,
Te bastó tu deber: honra es de España,
Tanto más grande cuanto más extraña.
Y pues que ya altanero
No quisiste que pálidos favores
Cubriesen tu victoria,
Si quieres hoy saber lo que es la gloria
Y el orgullo sentir de ser honrado,
Deja el sepulcro helado
Y ven á abrir el libro de la Historia.
En él tu nombre brilla,
Tu nombre en él se encierra,
Severo, sin mancilla.
—Ángeles de la tierra,
Mensajeros de Dios en las alturas:
Llegad del héroe á las mansiones puras
Y colocad con mano reverente
Esta hoja de laurel sobre su frente.

Albacete, 18 de *Febrero* de 1873.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

LIBROS NUEVOS.

Episodios Nacionales, por B. Perez Galdós. *Trafalgar* (seguirán los tomos: *Isidoro Maiquez*, *El Motin de Aranjuez*, *Bailén*, etc., etc.). Madrid, 1873.

La lectura del libro sobre *Trafalgar* patentiza que el señor Perez Galdós, dotado de vivo, sutil y fecundo ingenio, ocupa dignamente el altísimo puesto entre los primeros novelistas, donde le colocan los críticos de mayor saber é inteligencia. Las novelas del mismo autor, reimpresas en Leipzig, *La Fontana de Oro* y *El Audaz*, merced á su gran mérito, están consideradas cual joyas de arte, habiendo alcanzado celebridad y unánimes aplausos. El tomo cuyo título queda antepuesto tambien ha de leerse con extraordinario interes; nadie lo incluirá entre el número de las composiciones efímeras, sino que, al contrario, siempre ha de lucir honrando nuestras letras, y llegará luégo á formar parte del patrimonio de la literatura europea.

Trafalgar, novela histórica, escrita con perfeccion incomparable, entraña todo lo delicioso, instructivo y útil propio de este linaje dificilísimo de composiciones literarias. En ningun otro libro está mejor representado aquel episodio, ni puestos más de relieve los incidentes, ni referidos los hechos y retratados los personajes con tal animacion, con tanto talento y maestría, que parecen revivir tales actores, y creemos verlos, obrar y hablar como si realmente todavía existieran.

Gabriel, testigo del gran suceso de este libro, narra siempre con naturalidad perfecta y es modelo de un carácter admirablemente dibujado. Sus rasgos de amor santo de la patria, de sentimientos religiosos, caritativos y de otras clases, empeñan de un modo tan extraordinario, que sobre arrastrar y embelesar dulcemente, arrancan los más calurosos y frenéticos aplausos.

Con verdad grandísima está representada la noble índole del anciano marino Cisniega, su entusiasmo por las glorias navales de la patria, el miedo que á su esposa D.ª Francisca profesaba, y todo eso, tan bien ideado, forma bellísimo contraste con la rudeza y bondad de Marcial, con las exageraciones cómicas de D. José María Malespina, y con el tipo, tambien muy notable, de la vieja D.ª Flora, que se la echaba de jóven, poniéndose, para ocultar la edad, todos cuantos afeites existian.

Hace ver este tomo á los personajes históricos en tan extraordinaria situacion, reuniendo sus fuerzas para sostenerse á inmensa altura durante todo aquel heróico combate, mejor retratados que si se contemplaran sobre algun lienzo de Goya. Enseña este libro los méritos, defectos y todas las cualidades de tales famosos marinos, y nos los da á conocer de una manera tan completa, que nada absolutamente podemos echar de ménos.

En *Trafalgar*, de otra parte, sobre la suma exactitud con que están dibujados y debidamente sostenidos los distintos caractéres, sobre la serie de sucesos que por lo nuevo, variado y por lo que sorprende interesan del modo más vivo, sobre tales perfecciones vemos brillar en dicho libro una sensibilidad exquisita, pintándose de mano maestra toda suerte de escenas, bien risueñas, bien alegres, ya patéticas, ya tiernas, allí tristes, aquí horrorosas, pero siempre empeñando, y á veces conmoviendo el corazon.

El corto espacio de que disponemos obliga á limitar la presente noticia bibliográfica á las anteriores rápidas indicaciones. Á no impedirlo tal brevedad, daríamos numerosas pruebas que certificasen la exactitud completa de todo cuanto queda puesto. Debemos, empero, añadir que es prodigiosa la mágica pluma de nuestro autor escribiendo acerca de la mar y de los barcos dispuestos para llevar de uno á otro buque la destruccion y la muerte. La propiedad del lenguaje respecto á términos técnicos es siempre tan perfecta, que se pensara que el Sr. Perez Galdós ha seguido y practicado por largo tiempo la carrera naval. Los datos y noticias históricas, las costumbres de la época, y lo mucho que se aprende leyendo *Trafalgar*, revelan que el autor reune toda clase de perfeccion literaria, y que es dueño además de inmenso caudal de profundos y variados conocimientos. Tiene asimismo esta obra un estilo tan excelente, que á él se debe uno de sus principales encantos; su lenguaje es siempre fluido, claro, puro, armonioso, elegante, correcto, lleno de agradable variedad, y adaptándose á todos los tonos, á todas las situaciones, á todos los caractéres.

Así ha resultado un libro que deleita é instruye, y cuya lectura no deben omitir hombres ni mujeres, jóvenes ni personas mayores, doctos ni profanos, pues todos hallarán en este tomo algun linaje de atractivo. Que lean *Trafalgar* cuantos busquen una novela que no falsifica la historia, sino que la sirve de útil suplemento, cuantos amen la animacion de narraciones peregrinas, escenas variadas y patéticas, y caractéres naturales hábilmente contrastados. Fíjense en esa obra cuantos sean aficionados á un espléndido colorido, á inventiva dramática, al interes de la pasion, á despertar nuestros sentimientos de amor á la patria y los recuerdos gloriosos de nuestros heróicos antepasados, y hallarán en ella un cuadro animadísimo y pintoresco, donde están embellecidas las observaciones delicadas y profundas y la extensa erudicion, merced á la luz que derrama una imaginacion lozana y viva, y un buen gusto literario, correcto, lleno de gracia y elegancia.

Obras Festivas en prosa de Eusebio Blasco (de 1865 á 1867).—*Explicaciones.*—*La Miseria en un tomo.*—*Del Suizo á la Suiza.*—*Del Amor y otros excesos.*—Madrid, 1873.

El Sr. Blasco tiene dadas muchas pruebas de ser un escritor profundo para observar las costumbres, un moralista de gran mérito, al mismo tiempo que un poeta de brillante ingenio que investiga, analiza y reproduce en elegante estilo la misma esencia de todo cuanto ve y describe.

Las obras que ahora anunciamos, además del interes coetáneo, entrañan un valor grande y permanente para toda clase de lectores, merced á lo variado, selecto y ameno de las materias que comprenden. Cuanto escribe el Sr. Blasco, lleva gracia, cultura y espontaneidad. En estas tres producciones, ligeras y variadas, resplandecen la limpieza, sobriedad y sencilla elegancia con que sueñan muchos, y muy pocos alcanzan.

La Miseria, primer libro publicado por nuestro autor, con el cual principia este tomo que aquí anunciamos, forma un bellísimo estudio, cuyas páginas sobre costumbres madrileñas describen con gran sentimiento y verdad, que en la ex-coronada villa pocos se acuerdan de los pobres; porque la estentórea voz del vicio ahoga la débil de la miseria, al par que de ella se burlan los sacudimientos y agitaciones del placer y de la disipacion.

Del Suizo á la Suiza es una reseña festiva donde con soltura y amenamente refiere nuestro autor las impresiones del viaje que hizo y del cual no parece que volvió muy satisfecho, pues aconseja que no deben viajar por Suiza los que tenemos en España campiñas deliciosas, huertas encantadoras, frescas montañas, abundantes rios y una vegetacion y un cielo como no hay otros en el mundo.

Del Amor y otros excesos, cuyas dos primeras ediciones se agotaron muy pronto, es una coleccion graciosísima de chistes y bromas de buen tono, las cuales divierten, agradan y cautivan extraordinariamente por su naturalidad y novedad.

Á fin de patentizar hasta cierto punto la exactitud de las anteriores observaciones, quisiéramos disponer del espacio suficiente para trascribir aquí algunos trozos de estos escritos festivos del Sr. Blasco. Mas ni la brevedad á que hemos de obedecer lo consiente, ni nuestro deseo de no perjudicar el efecto de la obra, dando fragmentos de ella, lo autoriza.

Cuantos lean la presente coleccion aplaudirán todo lo que sus páginas ofrecen. El Sr. Blasco es un fotógrafo cuyos aparatos y reactivos están en su mágica pluma, la cual ha trazado unos cuadros deliciosos, á los que ni en fuerza de observacion, ni en verdad, ni en profundidad de pensamientos, ni en lo gracioso y galano del colorido, ni en lo fresco y lozano excede ninguno de los libros de su género, que se leen con placer y se admiran con aplauso.

El Gaban y la Chaqueta, por D. Antonio de Trueba.—Madrid: Fortanet, 1872.

Éste es uno de los tomos que el espléndido director de *La Moda Elegante* y de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA ha hecho imprimir como delicado agasajo de Año Nuevo, para premiar la constancia de sus numerosos suscritores en ambos hemisferios. Forma tal regalo un magnífico volúmen en 4.º, de 493 páginas, correspondiendo el papel y la esmerada confeccion tipográfica á la justa fama de la imprenta de Fortanet.

La empresa de los citados periódicos, á ruegos de *El Imparcial* y de otros diarios importantes, ha puesto á la venta la última novela de Trueba, así como el libro *Recuerdos de Italia*, del eminente orador y actual ministro de Estado, Emilio Castelar.

Don Antonio de Trueba es un escritor amante de la vida campestre y acostumbrado á sentir poniéndose en comunicacion con la naturaleza. En las obras de Trueba la viveza é intensidad de sus afectos son grandes, tanto por nacer estas prendas de su natural condicion, cuanto porque no tiende ni á fingir ni á contener lo que siente. Sin afectar imaginacion, Trueba la tiene arrebatada y remonta más el vuelo por natural impulso, que los que tiran á elevarse haciendo esfuerzos y con ruido. Este escritor figura entre los buenos descriptivos: porque no se propone sólo el describir como objeto de sus trabajos, sino porque ve y siente, y expresando sus afectos, acierta á pintar lo que se ha retratado bien en su cabeza.

Estos rasgos propios de nuestro autor, se observan en *El Gaban y la Chaqueta*, aunque no es un cuadro de la vida campestre, sino de dos clases sociales: de la consagrada al trabajo manual y de la que gana el pan con el de la inteligencia. En este libro se pintan escenas madrileñas con otras de los caseríos vascongados, de los cuales el autor nunca quiere alejarse por mucho tiempo, como la madre de aquellas provincias no quiere ir léjos del hogar donde la risa y el amor del niño que allí juega la consuelan y alientan para el trabajo.

El argumento de *El Gaban y la Chaqueta* es sencillo, escasos los incidentes y los caractéres, aunque no muy extraordinarios ni nuevos, siempre simpáticos. En dicha novela nada hay que descarrilar, ni una narracion que empeñe la atencion y la tenga suspensa.

El mérito de la obra no consiste en su argumento, sino en que está llena de instructivas, útiles y amenas observaciones. Cuanto contiene acerca de la lengua éuskara, sobre Calderon, la lotería, la primavera, la democracia, el trabajo, la abogacía, los editores, el celibato y otra multitud de asuntos, es elocuente y reviste notable y superior interes.

Tales temas, discutidos y dilucidados en diálogos entre personas de la novela, se hallan expuestos muy natural y claramente, porque aquéllas siempre hablan con palabras sencillas y muy bien adecuadas á su respectivo carácter y condicion social.

Superior, empero, á cuanto queda indicado acerca de lo ameno é instructivo de este libro, es así la sana moral, como la generosa nobleza y el dulce espíritu religioso que en todas sus páginas resplandecen. En la última novela de Trueba consuela leer la glorificacion de Dios, de la familia y del trabajo. Cuantos cuadros hay en el libro donde vemos los que trabajan con la inteligencia y los que viven de sus fuerzas musculares son la misma realidad.

Todos los personajes resultan llenos de vida, se les ha visto y aparecen ante nuestra presencia. En *El Gaban y la Chaqueta* hieren el ánimo con mayor intensidad el colorido que la accion, los caractéres que la trama. Pacita, el cura de Urtiaga, Martin, doña Genara la papilera, D. Domingo y los demas tipos, son efectivos y positivamente parece que han existido. La señora Juliana, la patrona, buena, aunque áspera, demuestra una solicitud tan dulce y maternal por Martin, que ha de ser difícil escribir escenas más verdaderas de sentimiento y ternura. Al leerlas, pocos habrá que dejen de verter alguna lágrima.

Las clases sociales que figuran en este libro están retratadas de mano maestra. Trueba siempre analiza y juzga con gran imparcialidad y perfecta exactitud. Tampoco deja de descubrir aquel sentir suyo de las obras de la naturaleza, que es fuente de su talento y de las bellezas de cuanto Trueba escribe. Sabido es que quienes sienten bien en sus almas, y por lo mismo describen con acierto, son casi todos los hombres de afectos vivos y tiernos.

Testifica esto nuestro autor con la obra aquí anunciada, de la que daríamos extensa reseña en estas columnas á no impedirlo el corto espacio á nuestra disposicion.

Es indudable que los suscritores de LA ILUSTRACION y de *La Moda Elegante* habrán leido el *Gaban y la Chaqueta*, pues tiene mucho mérito y gran valor, que hacen que sin soltar ese libro fácilmente de la mano se lea con gusto, por el hechizo que entraña y el agradable y sabroso deleite que proporciona.

Compendio de Historia Natural, escrito para uso de los maestros de instruccion primaria, por D. José Monlau, Catedrático de Historia natural en el Instituto de Barcelona, Doctor en ciencias naturales, etc. Tres tomos con 1.920 páginas y grabados. Barcelona, 1867-1872. (J. Bastinos é hijo.)

Esta obra puede servir tanto de texto para los diversos establecimientos de enseñanza, como para toda persona de cualquier edad y clase, pues nadie debe dejar de instruirse con la muy amena y utilísima lectura que el anunciado *Compendio* ofrece.

Son, por cierto, muy importantes y provechosas las verdades que las ciencias exactas, morales y jurídicas entrañan, pero resultan casi estériles miéntras se carezca del conocimiento de la naturaleza. Con semejante estudio pueden investigarse aquellas eternas y constantes leyes que la sabiduría del Criador impuso para la conservacion de este maravilloso mundo. Nacido el hombre para vivir sobre la tierra, ella es la que presenta los objetos más dignos de nuestra contemplacion. ¿Qué nos importaria el conocimiento de los seres superiores, si no fuese por las admirables relaciones que los enlazan con nuestro globo? Sobre éste ¡cuánto brilla la beneficencia de Dios! Do quiera vemos impresa la marca de su infinita bondad y omnipotencia.

Si se considera el reino animal, ¡qué muchedumbre de pueblos y familias! ¡qué variedad de formas y tamaños, de índoles é instintos! ¡y qué escala de perfeccion tan maravillosa! Todo está poblado, todo henchido de vida y sentimiento. Vése que la vida misma es alimento de la vida, y los vivientes de otros vivientes. Nosotros mismos, nues-

tra carne, nuestra sangre, nuestros huesos encierran numerosas familias de otros seres.

La creacion vegetal, tambien llena de vigor y de vida, ostenta por todas partes la misma grandeza, la misma variedad, la misma exquisita graduacion de formas y tamaños. Cubre en gran parte la tierra y forma su gala y ornamento, difundiendo sobre ella la abundancia y la alegría. Tan admirable en lo grande como en lo pequeño; en el cedro del Líbano como en el lirio de los valles; y así en la madrépora, que nace en el fondo del mar, como en el moho, que crece y fructifica sobre una piedrezuela.

No es menor la grandeza y variedad que el reino mineral descubre. La inmensa mole de materia inorgánica tendida debajo de nuestros piés, está compuesta de multitud de sustancias diferentes por su composicion, por su forma y por sus propiedades. Tierras, piedras y rocas, sales, betunes, aceites y carbones minerales; metales y cristales; ¡cuántos bienes presentados á la necesidad y al recreo del hombre!

La descripcion de dichos reinos con sus seres, tan intrincada y confusa en las grandes obras y tan árida y lacónica en los *Manuales* comunes de Historia Natural, el Sr. Monlau ha logrado escribirla asequible para todos, acompañando multitud de datos útiles y curiosos para que resulte la obra que aquí se anuncia, entretenida y amena por más de un concepto.

Hay en este *Compendio* trozos de poetas y prosistas antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, referentes á objetos de zoología, botánica y mineralogía. Noticias de hechos fabulosos é históricos alusivos á materias de las tres ciencias abundan en dicha obra: así como datos curiosos y útiles sobre aplicaciones de productos de los reinos naturales.

El método, la clasificacion y el órden de materias en los tomos mencionados están segun vemos en otros libros científicos de esta misma clase escritos por franceses. Hay páginas sobre las teorías del orígen de la tierra, sobre la unidad de la especie humana, antigüedad del hombre, etc.

Los tres volúmenes del indicado *Compendio* contienen láminas propias para esclarecer los correspondientes asuntos y un átlas litográfico donde se representan varios animales y vegetales.

Escritas las anteriores observaciones, que declaran el mérito de la obra anunciada, no se debe callar algo de cuanto falta y que podria añadirse en la próxima edicion de los anunciados volúmenes. Échase de ménos un índice alfabético de materias y autores, de todo punto indispensable en obras de esta clase. El célebre político, escritor y ministro inglés lord Brougham observó que merecia la última pena todo autor que dejára de poner copiosos índices á sus obras. Los índices alfabéticos facilitan mucho la lectura, economizan el tiempo y sirven de cómoda guía para hallar fácil y prontamente cualquier materia que se quiera leer.

Para la redaccion de este *Compendio* no se han utilizado más que libros franceses de autores que han escrito hace algun tiempo. Así nada contienen estos tomos sobre las obras de Darwin, Haeckel ni de esa gran multitud de naturalistas alemanes á ingleses de fama universal, cuyas teorías conmueven el mundo y empeñan la atencion general de profanos y doctos, en todas las naciones cultas.

Poniendo sólo un ejemplo para certificar la certeza de esto que alegamos, el último tomo de la obra de Monlau presenta (pág. 591) los sistemas de montañas de Elie de Beaumont, cuya teoría es falsa, segun prueban Lyell y otros autorizadísimos geólogos. Nada dice Monlau de los criaderos diamantíferos del Africa, ni de los descubiertos en Europa ántes de haber escrito su último tomo, que debe haber sido en 1869, segun puede leerse en la página 81. Cuando trata del petróleo nada observa sobre la grandísima abundancia de este aceite en Norte-América, asunto sobre el cual hay datos en nuestro artículo del núm. 121 de la *Revista de España*.

Cállanse otras omisiones del presente *Compendio*, porque su autor declara que sólo ha querido comunicar á las páginas de su libro escaso sabor científico, prefiriendo aquellas consideraciones y noticias que mejor interesan á personas profanas.

Los maestros de instruccion primaria, á quienes dedica su obra el Sr. Monlau, adquirirán con la lectura de estos tomos copioso caudal de conocimientos para infundirlos á cuantos instruyan. Así podrán enseñar la observacion de naturaleza, que conduce á más altas indagaciones de la filosofía natural; porque el hombre jamás se contenta con el recuento y clasificacion de los seres, sino que suspira por conocer sus propiedades, merced á la insaciable curiosidad, inherente á su sér, inspirada para levantarlo á la contemplacion del universo, que le lleva en pos del gran sistema de causacion que imagina y por todas partes descubre.

Con semejante instruccion nadie condenará el estudio de la naturaleza, que el Criador ha expuesto á la contemplacion del hombre, para que viese en ella su poder y su gloria, que á todas horas predican los cielos y la tierra. Dicha enseñanza eleva desde los objetos de los reinos naturales á la esencia del hombre, y de ésta á la del Sér supremo, Sér de los seres, Sér infinito, que existe por sí mismo y que es principio y término de toda existencia. Así se podrán adquirir algunas nociones fundamentales de la humana sabiduría, que sólo estriba en el conocimiento de Dios, del hombre y de naturaleza.

EMILIO HUELIN.

PALESTINA.—El rio Jordan.

AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 5, compuesto por Mr. S. Loyd.

BLANCAS.	NEGRAS.
1.° D 3 A, á 8 F, jaque.	R 1 E.
2.° D 8 F, á 6 D.	R 1 ó 2 F.
3.° D 6 D, á 4 F, jaque.	R. 1 E.
4.° D 4 F, á 4 D.	R. 1 F.
5.° D 4 D, á 1 G, jaque-mate.	

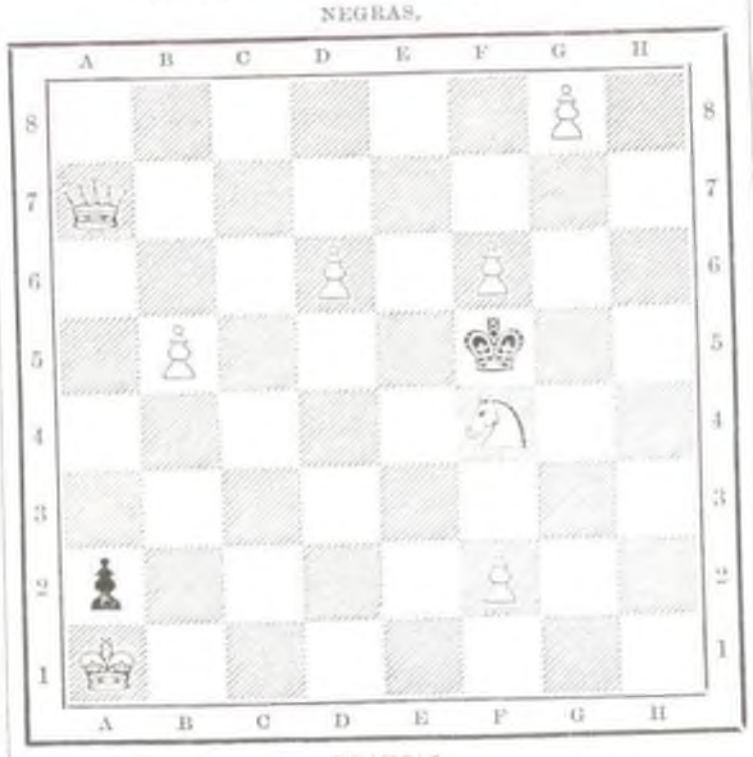
Soluciones exactas á los problemas núms. 3 y 4.

Doña Remigia Quinceses (Las Palmas, Canarias).—D. Francisco Romero Cortés (Madrid).

PROBLEMA NÚM 6.

Compuesto por Mr. X. (Lóndres).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan éstas, y dan mate en tres jugadas (1).

(1) Llamamos la atencion del público hácia este problema, que es muy ingenioso.

ANUNCIOS.

La Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA y de *La Moda Elegante Ilustrada* acaba de publicar los *Cantos Religiosos* del celebrado poeta Larmig, titulados *Mujeres del Evangelio*.

Esta hermosa coleccion de poesías forma un tomo de 134 páginas, elegantemente impresas en 8.° francés, y se halla precedida de un luminoso prólogo, escrito por el Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce.

Se halla de venta en las librerías y establecimientos en donde se suscribe á LA ILUSTRACION ESPAÑOLA y á *La Moda Elegante*, al precio de 12 rs. en Madrid y 14 en provincias. Para las señoras y señores suscritores á dichas publicaciones, el precio será el de 10 rs. en toda España, siempre que el pedido sea dirigido, acompañado de su importe, al Administrador de dichos periódicos, Carretas, 12, principal, Madrid.

En América fijan el precio los Sres. Agentes.

UNICO PREMIO en la Expos.° Havre 1868.

UNICA ADMITIDA en la Expos.° Paris 1867.

EAU DES FÉES

(Agua de las Hadas).

Esta agua es la primera y la mas eficaz para teñir progresivamente el cabello y la barba.—Ningun peligro ofrece el empleo de esta agua milagrosa.

POMADA DE LAS HADAS,

necesaria para entretener la eficacia de la tintura y volver al cabello toda su suavidad.

MADAME SARAH FÉLIX,

UNICA PROPIETARIA.

DEPOSITO GENERAL, *Rue Bicher, 43, PARIS.*

Por mayor en Madrid, Agencia franco-española, Sordo, 51.

Depósito particular en todas las perfumerías y peluquerías de provincia y del extranjero.

PRIVILEGIO DE INVENCION.

Bombas de regadío,

A. MONTENEGRO, INGENIERO, Sordo, 4, Madrid.

Bombas especiales para grandes profundidades y grandes elevaciones sobre la boca del pozo, á cualquier altura y distancia. Sólo tienen un cuerpo de bomba, y el tiro de la caballería es completamente seguido. Su manejo es sencillísimo, sin que exija tener que bajar al pozo.

Algunas de las establecidas son:

Pozuelo de Alarcon (Madrid), baños de arriba, 30m (107 piés).
Id. La Colonia, 26m (93 piés).
Id. Plantío de Remisa, 45m (161 piés), publicado en LA ILUSTRACION el 16 de Setiembre último.
Castillejos (Aranjuez), 26m (93 piés).
Madrid, carretera de Aragon, esquina á la zona de ensanche, en la misma posesion, dos bombas en pozos de 37m (132 piés).
Id. Taller de construccion de máquinas de los señores Bonaplata hermanos, movida al vapor, 42m (150 piés).
Canal de Albolote (Granada), bomba máquina de extraccion y ventilacion, 37m (132 piés).
Elda (Alicante), 20m (71 piés).
La Cabañuela (Guadalajara), pozo de 54m, elevando el agua á 6 más, total 60m (215 piés).
Pozaldez (Valladolid), en montaje, 60m (215 piés).

MADRID.—IMPRENTA DE M. RIVADENEYRA.